

Un amor sin futuro

Carla Cassidy

Argumento:

Ellos habían anhelado su noche de bodas, pero nunca llegó.

Cinco años después, Sherry Boyd seguía siendo virgen, pero, a juzgar por las apariencias, Clint Graham, su antiguo prometido, no lo era. Y el irresistible comisario le pedía a ella, precisamente a ella, que lo ayudara a cuidar de la preciosa niña que alguien había abandonado en su puerta.

Sherry había guardado bajo llave los agridulces recuerdos de Clint junto a su anillo de compromiso. Pero allí estaban de nuevo… y allí estaba ella, en la puerta de su casa, tomando a la niña en brazos, y su corazón latiendocomo solía hacerlo años atrás…

Capítulo 1

Lo último que el comisario Clint Graham esperaba aquella mañana de abril era encontrar un recién nacido en la puerta de su casa. Pero allí estaba, envuelto en una manta rosa, sobre el asiento de seguridad de un coche. A su lado, en el porche, una bolsa con pañales.

Clint miró alrededor. La luz del amanecer iluminaba la pequeña ciudad de Armordale, Kansas, con un precioso color dorado.

Clint sabía que no podía ser de ninguno de sus vecinos y, durante unos minutos, buscó entre los arbustos alguna pista de la persona que había abandonado a la criatura.

Pero no encontró nada. Ni coches aparcados, ni extraños merodeando entre las sombras. Nada parecía diferente de cualquier otro día. Excepto que había un bebé, una niña seguramente por la mantita rosa, abandonada en el porche de su casa.

Sin saber qué hacer, Clint tomó la silla y la llevó a la cocina. Después de dejarla sobre la mesa, se quedó mirando a la criatura, que dormía tranquilamente.

Tenía el pelo rubio, las mejillas regordetas y una boquita como un capullo de flor. No tenía ni idea de quién era, ni la edad que tenía o por qué la habían abandonado en la puerta de su casa.

Entonces vio un papel escondido en el embozo de la manta. Lo tomó con cuidado para no despertarla y empezó a leer:

Nunca te he pedido nada desde que nació Kathryn. Nunca te he pedido que seas un marido o un padre, pero ahora necesito tu ayuda. Estoy en peligro y tengo que desaparecer durante un par de semanas. Por favor, cuida de ella. Cuando las cosas se solucionen, volveré por la niña y desapareceremos de tu vida.

La nota no estaba firmada y el corazón de Clint dio un vuelco.

Por un momento, toda clase de locas ideas se agolparon en su cabeza.

No podía ser. Habría oído algo. Alguien se lo habría dicho. De alguna forma, lo habría sabido… Clint dejó a un lado aquellos pensamientos para concentrarse de nuevo en la nota.

Estaba escrita en papel blanco y no tenía ni idea de quién podía ser la autora. La nota decía que, quien fuera, estaba en peligro. ¿La madre habría dejado a la niña en su casa porque era el comisario de Armordale? Antes de que pudiera llegar a ninguna conclusión, escuchó unos golpes en la puerta.

Clint no quería despertar a la niña y, cuando abrió la puerta, se puso un dedo en los labios.

—¿Qué pasa? —susurró Andy Lipkin, el ayudante de Clint, con dos tazas de café en la mano.

Era una rutina para los dos hombres ir juntos a la comisaría. Andy compraba el café por las mañanas y Clint compraba los refrescos por la tarde, cuando volvían a casa.

—Sígueme y no levantes la voz —dijo Clint, indicándole que lo siguiera. Andy se quedó parado en la puerta de la cocina al ver a la niña sobre la mesa.

—¿Qué es eso?

—A mí me parece una niña —contestó Clint, irónico—. La dejaron en mi puerta hace un rato —añadió, dándole a Andy la nota que había encontrado en la manta.

Andy echó un vistazo y después se la devolvió.

—¿Sabes quién es?

—No tengo ni idea.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé —contestó Clint, pensativo—. Ve a la oficina, Andy. Yo me quedaré aquí hasta que decida que debo hacer.

Andy le dio su café y, juntos, de puntillas, salieron de la cocina.

—¿Vas a llamar al departamento de Servicios Sociales de Kansas? —preguntó su ayudante.

Clint frunció el ceño, pensando en aquella pequeñina en manos de los fríos empleados de Servicios Sociales. Si la entregaba al departamento, era muy posible que la madre de Kathryn no pudiera recuperarla nunca. Hasta que supiera su identidad y las circunstancias del abandono, tendría que ser cuidadoso con su decisión ya que podría tener graves repercusiones para la pequeña.

—Me gustaría saber qué está pasando aquí antes de llamarlos. Esta es una ciudad pequeña y todo el mundo lo sabe todo sobre los demás. Quizá alguien sepa quien es esta niña.

—Muy bien. Me voy —dijo Andy, abriendo la puerta—. Entonces, ¿si alguien llama preguntando por ti, qué les digo? ¿Qué estás haciendo de niñera? —sonrió su ayudante.

—Si le dices eso a alguien, te corto la lengua. Y ahora, vete —rio Clint—. Te llamaré más tarde.

Clint volvió después a la cocina y de nuevo se quedó mirando a la niña.

¿Quién sería? ¿Kathryn qué? ¿Dónde estaba su madre? ¿En qué clase de peligro podría estar para haber dejado abandonada a su hija?

Él no podía hacer de niñera durante dos semanas. Pero, si no iba a llamar al departamento de Servicios Sociales, tendría que hacer algo.

Sherry. En cuanto pensó en ella, se sintió aliviado. Ella lo ayudaría. Después de todo, era su mejor amiga.

Sin pensar más, se acercó al teléfono y marcó un número.

Al otro lado del hilo, alguien contestó con voz soñolienta.

—¿Te he despertado?

—¿Qué hora es? —preguntó Sherry. Clint podía oír el roce de las sábanas—.

¡Clint Graham, cómo te atreves a despertarme a las siete de la mañana! Anoche me acosté a las tres.

—Sabes que no te llamaría si no fuera algo muy importante.

De nuevo, escuchó el roce de las sábanas y en su mente se formó la imagen de Sherry. El cabello rubio despeinado y cayéndole sobre los hombros. Las mejillas, dulcemente arreboladas. Los vividos ojos verdes adormilados… ojos de cama.

—¿Clint? —la voz de Sherry parecía irritada, como si hubiera dicho su nombre más de una vez.

Él sacudió la cabeza, para apartar aquella imagen de su mente. ¿De dónde había salido? Sherry ya no llevaba el pelo largo y él nunca la había visto en la cama. Había dejado de tener esas fantasías mucho tiempo atrás.

—Estoy aquí.

—Te he preguntado qué es tan importante como para despertarme a las siete de la mañana.

—Para la mayoría de la gente, las siete es una hora muy razonable, Sherry.

—Si en los próximos diez segundos no me dices para qué has llamado, cuelgo el teléfono.

Clint sabía por su tono de voz que lo decía en serio.

—Tengo un problema. ¿Puedes venir a mi casa?

—¿Clint? ¿Te encuentras bien? —preguntó su amiga, con tono preocupado—.

¿No estarás enfermo?

—No estoy enfermo y no quiero hablar de esto por teléfono. Vamos, te invito a desayunar.

—Aquí pasa algo raro —dijo Sherry—. La última vez que me invitaste a desayunar, me pediste que te planchara «un par» de cosas.

Clint soltó una carcajada y después se puso la mano en la boca, pensando que habría despertado a la niña.

—Estaba enfermo —murmuró—. Y no me había dado cuenta de que había tantas cosas que planchar. Pero te prometo que esta vez no quiero hacerte trabajar.

—Vale… estaré allí en media hora —asintió ella por fin, antes de colgar.

Clint suspiró, aliviado. Sherry lo ayudaría a decidir qué tenía que hacer, pensaba, sin poder borrar de su mente la imagen de ella en la

cama.

Era raro. Cinco años atrás, había creído que Sherry era la mujer con la que pasaría el resto de su vida, que se casarían, tendrían una familia y vivirían felices para siempre. Era curioso que, cuando las cosas no habían funcionado como esperaban, hubieran dejado el amor atrás pero siguieran siendo amigos.

Quedaba poco de la Sherry que había amado años atrás. Ella había cambiado por completo y esa transformación había empezado el día que descubrió que nunca podría tener hijos.

Clint miró a la niña. Quizá llamar a Sherry no había sido tan buena idea, pensaba. Como si estuviera de acuerdo, la pequeña abrió los ojos en ese momento y miró a su alrededor. Parecía darse cuenta de que no estaba en su casa y, mirando a Clint con ojitos de miedo, se puso a llorar.

Sherry Boyd se duchó a toda prisa, se vistió y subió a su coche para ir a casa de Clint.

Mientras conducía, trataba de imaginar qué sería tan urgente como para pedirle que fuera a su casa a las siete de la mañana.

Había trabajado hasta las tres de la madrugada y su cuerpo sentía los efectos de la falta de sueño. Le escocían los ojos y le dolían los pies después de estar de pie tantas horas en el bar.

—Espero que tengas un problema de verdad, comisario Graham —musitó para ella misma cuando llegaba a la casa.

Clint y ella habían vivido en el mismo bloque de apartamentos durante cuatro años, hasta que él se había mudado a aquella casa unos meses atrás.

Era una casa agradable, con persianas de madera adornando las ventanas. Las flores habían empezado a brotar, dándole una nota de color al pequeño jardín en la parte delantera.

Sherry escuchó el llanto de un niño cuando abrió la puerta de su coche y se quedó parada. Era como si la golpeara un viento que parecía no llegar de ninguna parte. Era el viento de su desolación, el grito de angustia por lo que nunca sería.

El sonido no podía llegar de la casa de Clint, se decía. Probablemente algún matrimonio vecino tendría un niño.

Pero cuando llegó al porche, se dio cuenta de que el llanto llegaba de dentro.

—¿Clint? —lo llamó, sorprendida.

Clint abrió la puerta con una llorosa niña en los brazos.

—Gracias a Dios que has venido —murmuró.

Durante unos segundos, Sherry se quedó mirándolo, intentando entender qué estaba pasando.

Era difícil decir qué aspecto tenía el niño porque lo único que podía ver eran unos ojitos cerrados y una carita roja como un tomate.

—¿Qué significa esto? —preguntó, sin moverse, negándose a alargar los brazos para tomar a la niña, aunque sospechaba que eso era precisamente lo que Clint quería que hiciera.

Durante cinco años, Sherry había intentado no relacionarse con niños. Incluso había dejado su trabajo como profesora y trabajaba como camarera en uno de los bares más populares de la ciudad. Elegía cuidadosamente a sus amigas, normalmente mujeres sin niños o con hijos mayores.

—No consigo que deje de llorar —dijo Clint, angustiado. Mientras hablaba, intentaba acunar a la niña. Arriba y abajo, arriba y abajo, el movimiento hacía que Sherry se sintiera mareada, probablemente igual que la criatura.

—¿Tiene mojado el pañal? —preguntó, sin dar un paso.

—No lo sé —dijo Clint, levantando la voz para que Sherry pudiera escucharlo por encima de los gritos de la pequeña.

Sherry no podía soportarlo más y, suspirando, tomó a la niña en sus brazos. Los sollozos de la pequeña se calmaron inmediatamente y apoyó la cabecita sobre su pecho, como si el simple hecho de estar en brazos de una mujer la tranquilizara.

Sherry tenía que hacer un esfuerzo para no gritar, para no echarle en cara a Clint lo que acababa de hacerle. ¡Cómo se atrevía! ¡Cómo se atrevía a llamarla para que lo ayudara con una niña pequeña!

Él, mejor que nadie, sabía el tormento que había sufrido al descubrir que nunca podría tener hijos, que nunca llevaría un hijo dentro de ella.

—Aquí hay una bolsa con pañales —dijo Clint, entrando en la soleada cocina.

—¿Vas a decirme qué está pasando? —preguntó Sherry.

—Se llama Kathryn. Pero eso es lo único que sé —explicó él—. Si la tienes en brazos cinco minutos, prepararé el desayuno.

—No tengo hambre —replicó Sherry—. ¿Cómo que es lo único que sabes?

—Alguien la dejó en mi puerta esta mañana.

—¿La encontraste en tu puerta? —repitió ella, incrédula. Cuando miró a la niña, vio los ojitos más azules que había visto nunca y su corazón dio un vuelco.

No quería estar allí. No quería tener aquella cosita en los brazos. Solo servía para recordarle su tormento y sus sueños rotos.

Clint se pasó una mano por el pelo.

—La niña estaba en la puerta de mi casa esta mañana, sentada en

esa silla de coche. Había una nota escondida en la manta —explicó, señalando el papel.

Sherry leyó la nota y después, se volvió hacia Clint.

—¿La niña es tuya? —preguntó. Durante algunos segundos, la pregunta quedó en el aire.

Clint se había puesto pálido.

—No lo sé —contestó.

—Pues será mejor que empieces a pensar —dijo Sherry, intentando luchar contra el desasosiego que aquel pedazo de papel le había causado. Ella quería que Clint tuviera hijos, por eso había roto su compromiso con él.

—Es difícil saberlo. No sé qué tiempo tiene Kathryn —replicó él.

—Yo diría que unos seis meses —observó Sherry, mientras colocaba a la niña sobre la mesa para cambiarle el pañal—. ¿Con quién estabas saliendo hace quince meses?

Clint se dirigió a la ventana y se quedó pensativo unos segundos.

—Tiene que ser Candy —dijo por fin.

Sherry hizo una mueca. La sexy divorciada de Kansas. Sherry había odiado a aquella atractiva y coqueta mujer nada más verla.

—La nota dice que está en peligro y, si es Candy, no me extrañaría nada.

Probablemente la persigue alguna mujer con cuyo marido se ha estado acostando.

Clint no pudo evitar una carcajada. —Nunca te gustó Candy, ¿verdad? —

¿Gustarme? Era una devoradora de hombres y tú fuiste su primer plato —rio ella, irónica, terminando de cambiar el pañal.

—En realidad, estamos especulando —dijo Clint, sin dejar de mirar a Kathryn

—. Es posible que la madre haya decidido dejarla en mi casa porque soy el comisario de Armordale, no porque sea su padre.

Sherry extendió la manta en el suelo y, cuando colocó allí a la niña, Kathryn se puso a gatear, aparentemente encantada.

Sherry deseaba marcharse de allí, deseaba apartarse de aquella criatura desvalida.

—Bueno, ha dejado de llorar y lleva un pañal limpio. A partir de ahora, es asunto tuyo, comisario —dijo, saliendo de la cocina.

—¡Sherry, espera! —la llamó Clint. En su voz había una nota de pánico—.

Tengo que pedirte un favor.

—Sea lo que sea, la respuesta es no. Aunque me invitaras a desayunar todos los días de tu vida, la respuesta seguiría siendo no.

—Sherry, por favor, espera un momento. Escúchame —la llamó el. Pero Sherry no quiso escucharlo y salió de la casa a toda prisa. Sabía exactamente lo que Clint iba a pedirle. Acababa de sentarse frente al volante cuando él llegó a su lado con la niña en brazos, llorando de nuevo—. Sherry, necesito que alguien me ayude hasta que sepa qué está pasando. Necesito que pidas unos días libres en el bar y te quedes en mi casa cuidando de Kathryn.

—Estás loco. Yo no sé nada sobre niños pequeños —dijo ella, intentando esconder su amargura.

—Sabías cómo cambiar un pañal. Y supongo que también sabrás darle de comer. ¿Qué más hay que saber? —Sherry no decía nada—. Te pagaré… la cantidad que tú digas. Sherry, estoy desesperado. No puedo quedarme en casa y dejar a esta ciudad sin comisario —suplicó. Sherry hubiera deseado decirle que ese era su problema, hubiera deseado arrancar el coche y escapar de allí, pero no lo hizo—.

Sherry, por favor —volvió a rogar Clint, metiendo la cabeza por la ventanilla. Estaba tan cerca que podía ver los reflejos plateados que daban a sus ojos azules aquel brillo tan especial—. Si te importo aunque sea un poco, hazme este favor. Si la niña es…

mía, tú eres la única en la que confío para cuidar de ella.

La angustia en los ojos del hombre conmovió una parte de su corazón que ella había creído muerta mucho tiempo atrás y Sherry recordó entonces demasiados momentos del pasado, demasiados sueños que nunca se harían realidad.

Sabía bien qué intentaba hacer Clint. No solo estaba apelando a su amistad, sino al amor que una vez habían sentido el uno por el otro.

Y en ese instante. Sherry pensó que lo odiaba un poquito por conocerla tan bien como para manipular sus emociones.

—Por favor, Sherry —insistió él suavemente—. No sabes cuánto significa para mí. Nunca te he pedido nada.

—Tú, precisamente tú, deberías saber lo que me estás pidiendo. Deberías saber que no puedo hacerlo, Clint. Lo siento.

Sin esperar respuesta, Sherry arrancó el coche y se perdió al final de la calle.

Capítulo 2

Clint se quedó mirando el coche, mientras los gritos de Kathryn sonaban en su oído como una sirena. Con la carita roja y los ojos llenos de lágrimas, aquel llanto le partiría el corazón a cualquiera.

Un biberón, se dijo. Quizá la niña tenía hambre. Clint se corrigió a sí mismo mentalmente mientras la colocaba de nuevo en su silla. Kathryn… su nombre era Kathryn.

—Aja —murmuró, sacando un biberón de la bolsa de los pañales. Leche. ¿Los niños no tomaban leche? Pero, ¿caliente o fría? No tenía ni idea.

Clint llenó el biberón de leche y lo metió en el microondas durante unos segundos antes de ofrecérselo a Kathryn.

Mágicamente, la niña dejó de llorar y abriendo sus enormes ojos azules, empezó a abrir y cerrar las manitas.

Sonriendo. Clint le acercó la tetina, que la niña tomó ansiosamente. Mientras le daba el biberón, recordó la expresión de angustia en los ojos de Sherry.

Había sido una tontería llamarla; no había pensado lo doloroso que sería para ella. Creía que Sherry se habría acostumbrado a la idea de que nunca tendría hijos, pero se había equivocado.

La había llamado por instinto. Porque ella siempre estaba dispuesta a consolarlo. Durante los últimos cinco años, Sherry siempre había estado a su lado durante los momentos de crisis. Era normal haberla llamado para que lo ayudara a cuidar de una niña que alguien había abandonado en su puerta.

Pero volvería. A pesar de lo que había dicho, Sherry volvería. Ella no lo decepcionaba nunca.

«¿Es tu hija?», le había preguntado. La idea había pasado por su mente, pero Clint la había descartado. Sin embargo, mientras miraba a la niña, no podía pensar en otra cosa.

¿Era su hija? ¿Había tenido Candy una hija y se lo había ocultado?

No podía imaginar a una mujer haciendo tal cosa, pero Candy era imprevisible.

Clint acarició las mejillas regordetas de Kathryn, sintiendo una emoción desconocida.

—¿Eres mi hija? —preguntó, en voz baja. La réplica de Kathryn fue seguir chupando ruidosamente la tetina del biberón.

Después de tomárselo casi entero, cerró los ojitos y, durante unos minutos, Clint se quedó observándola, buscando algo que le demostrara que era su hija.

Tenía los ojos azules, como los suyos, pero él tenía el cabello oscuro mientras Kathryn era rubia.

Clint suspiró. Era imposible saber si aquella niña era hija suya. Por el momento, simplemente parecía un bebé contento.

Cuando estuvo profundamente dormida, Clint fue a la habitación de invitados para limpiar el polvo. Sabía que Sherry volvería tarde o temprano.

Había terminado de hacer la cama cuando escuchó un golpe en la puerta.

Sherry estaba en el porche, con una maleta en la mano.

—Tres días —dijo como saludo, entrando en la casa—. Tres días y después tendrás que apañártelas como puedas…

—Sherry…

Ella levantó una mano.

—No me des las gracias. No puedo soportar la idea de que entregues a esa niña al Departamento de Servicios Sociales o algo peor, que tú y ese ayudante tuyo cuidéis de ella.

Clint asintió, sabiendo que no era el momento de discutir.

—Te he preparado la habitación de invitados —dijo, indicando que lo siguiera por el pasillo.

—Acabas de limpiar el polvo —observó ella—. Sabías que volvería.

Clint sonrió tímidamente.

—Eso esperaba —murmuró. Sherry le lanzó una peligrosa mirada de sus ojos verdes, mientras dejaba la maleta sobre la cama.

—Tres días, Clint —repitió—. Busca a esa *devorahombres* de Candy y que te dé una explicación.

—Claro —asintió él mientras volvían a la cocina—. Le he dado un biberón y se ha quedado dormida —explicó, mientras tomaba las llaves del coche—. Ahora tengo que irme a trabajar. Andy está a cargo de la comisaría y a saber que anda haciendo —

añadió, esperando una sonrisa de Sherry. Pero Sherry no sonrió—. Volveré a la hora de la cena.

Minutos más tarde, mientras conducía hacia la comisaría, no dejaba de pensar en Sherry y en la niña.

Si era sincero consigo mismo, tenía que admitir que él nunca había entendido la profundidad del dolor de Sherry al descubrir que una endometriosis la había dejado incapaz de tener hijos. Y eso había ocurrido cinco años atrás. Había pensado que se acostumbraría a la idea, pero el brillo de sus ojos cuando había visto a Kathryn le decía otra cosa.

Clint nunca había sentido la necesidad de tener hijos. Años atrás, cuando Sherry y él hacían planes, habían hablado sobre esa posibilidad, pero nunca había sido algo importante para él.

Cuando Sherry había roto su compromiso, había intentado

convencerla de que a él le daba igual no tener hijos, que se sentiría satisfecho teniéndola a su lado. Pero ella había insistido en que sus sentimientos habían cambiado, que había dejado de amarlo. Que él no era suficiente para ella.

Clint decidió apartar de sí aquellos pensamientos. Llegaban de un pasado lejano, uno que raramente recordaba. Sherry y él habían conseguido olvidar los sentimientos románticos y habían construido una verdadera amistad.

Pero, mientras aparcaba frente al pequeño edificio de ladrillo de la comisaría.

Clint reconocía haber puesto en peligro su amistad pidiéndole aquel favor.

Sherry estaba frente a la ventana de la cocina, preguntándose por qué demonios había aceptado ayudar a Clint.

Se había prometido a sí misma no escucharlo, pero cuando volvió a su apartamento no podía dejar de recordar la carita de la niña, las mejillas regordetas, los ojitos azules, la forma natural en la que Kathryn se había apretado contra su pecho cuando la había tomado en brazos…

Y, antes de que se diera cuenta, había hecho la maleta y había llamado a Walt, el dueño del bar, para pedirle unos días libres. Una locura. Una completa locura.

Sherry se dio la vuelta y miró a la niña. Unos rizos rubios adornaban su cabeza y sus diminutos labios mostraban un esbozo de sonrisa, como si estuviera soñando algo agradable.

Le cambiaría los pañales y le daría el biberón cuando tuviera hambre, pero no le abriría su corazón. Era la única forma de soportar los días que la esperaban.

Sherry frunció el ceño, recordando lo que había dicho Clint antes de marcharse:

«volveré a la hora de la cena». ¿Qué pensaba? ¿Qué ella iba a cocinar para él? Si creía que iba a limpiar y cocinar, además de cuidar de la niña, estaba listo.

El día pasaba rápidamente. Sherry le dio otro biberón a Kathryn a las doce y después la colocó sobre una manta en el suelo, al lado del sofá.

Era una niña muy buena. Jugaba sola, primero con sus piececitos, después, intentando atrapar los rayos del sol que entraban por la ventana.

Cuando volvió a quedarse dormida, Sherry acarició el suave pelito rubio.

¿Sería hija de Clint? Su corazón dio un vuelco ante la idea. Había

habido un tiempo en el que soñaba tener un hijo de él, un tiempo en el que esa posibilidad la llenaba de felicidad.

Clint había dicho que era posible que Kathryn fuera su hija. Y eso significaba que se había acostado con Candy.

Sherry frunció el ceño, preguntándose por qué la molestaba la idea.

Quizá porque era, probablemente la virgen más vieja de Armordale. Veintiocho años y nunca se había dejado llevar por la pasión. Veintiocho años y nunca había experimentado la total posesión de un hombre.

Aunque había tenido ofertas. Cada noche, al menos uno de los vaqueros que acudía al bar le declaraba su amor y se ofrecía a llevarla a su casa para mostrarle un mundo de delicias más allá de su imaginación. Desgraciadamente, ella tenía mucha imaginación.

A las cinco, Kathryn empezó a agitarse y Sherry, suponiendo que tenía hambre de nuevo, abrió la nevera.

Definitivamente, mostraba las costumbres culinarias de un hombre soltero.

Leche, mostaza, tomate frito y un kilo de carne picada para hamburguesas en el congelador.

En la despensa solo encontró varias latas de atún y una de melocotón en almíbar. Debía recordar a Clint que había que comprar comida par la niña, pensaba, mientras cortaba el melocotón en pedacitos.

Kathryn abría la boca como un pajarito esperando su comida e intentaba sujetar la cuchara, riendo cuando lo conseguía.

—No seas tan graciosa —murmuró Sherry, que intentaba no dejarse afectar por aquellos gestos tan entrañables. Kathryn sonrió, mostrando una manchita blanca en sus encías, su primer diente. Cuando terminó de cenar, Sherry le limpió la carita y después la tomó en brazos para llevarla al sofá del salón—. Solo voy a estar aquí unos días —le dijo a la niña, que la miraba con una sonrisa en los labios, como si la entendiera—. No quiero cuidar de ti —susurró para sí misma, como si tuviera miedo de que Kathryn la entendiera. La niña empezó a balbucear y Sherry sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas—. No puedo dejar que me rompas el corazón.

Kathryn…

El sonido de un coche frente a la casa hizo que suspirase aliviada y con la niña en brazos, salió a recibir a Clint.

Clint estaba guapísimo de uniforme. Los pantalones oscuros parecían hechos a medida y la camisa beige se ajustaba a sus anchos hombros.

Pero Sherry seguía sintiendo cierto resentimiento contra él por haberla involucrado en aquella situación. Había manipulado su amistad y su cariño y la había colocado en una posición en la que ella no deseaba estar.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó, cuando él sacó del maletero las piezas de madera de una cuna y un diminuto colchón.

—Me lo ha prestado Etta Mae —sonrió Clint, dejando las piezas en el porche.

Sherry lo observó mientras sacaba unas bolsas de plástico del asiento trasero, preguntándose por qué habría permanecido soltero tanto tiempo. Era un hombre alto y guapo, con unos ojos azules llenos de inteligencia y humor. Era considerado el soltero más deseado de Armordale y, sin embargo, raramente salía con chicas y nunca, excepto con ella, había hechos planes de matrimonio—. Etta Mae me hizo una lista con las cosas que necesitaba —explicó, entrando en la casa. Etta Mae era su secretaria en la comisaría, una combinación de trabajadora social, madre y confidente, enumerando códigos por el transmisor con la misma facilidad con la que daba consejos—. Un moisés, potitos, más pañales… —estaba diciendo Clint mientras sacaba todas esas cosas de las bolsas—. Sonajero, chupete…

—Parece que la niña va a quedarse más de dos semanas —observó Sherry.

Clint se encogió de hombros.

—Los niños necesitan muchas cosas —murmuró, sacando de la bolsa un oso de peluche blanco con un lazo rosa al cuello.

—Ah, sí, claro, eso es completamente necesario —dijo ella, irónica.

—No me pude resistir —sonrió Clint, dándole el osito a Kathryn que lo tomó encantada.

Por supuesto que no había podido resistirse, pensaba Sherry con un nudo en la garganta. Todos los papas sienten la necesidad de comprarle a sus hijos un osito de peluche.

—Yo ya he cenado y la niña también.

Él la miró, sorprendido.

—¿Ya has cenado? Pensaba que cenaríamos juntos.

—A mí no me engañas, Clint Graham. Tú habías pensado que llegarías a casa y te encontrarías la cena hecha —sonrió Sherry, irónica—. Siempre imaginé que, debajo de esa fachada de hombre moderno, en ti había un machista latente.

Clint lanzó una carcajada.

—De acuerdo. Lo confieso. Tenía la fantasía de entrar en casa esta noche y encontrarme la cena hecha. Si no recuerdo mal, tú solías hacer unas hamburguesas para chuparse los dedos.

—Eso era hace mucho tiempo. Ahora apenas cocino —replicó ella, mientras llevaba la bolsa con la comida de la niña a la cocina. Clint la siguió—. Estoy aquí para cuidar de Kathryn mientras tú estás trabajando. No para cuidar de ti.

—Lo sé. Y te agradezco mucho lo que estás haciendo por mí… y por Kathryn —

dijo él, con sinceridad.

Cuando Sherry colocaba los botes en la despensa, la niña empezó a llorar de nuevo.

—Lo siento, pero yo estoy fuera de servicio.

Sin esperar respuesta. Sherry salió de la cocina y, cuando entró en su habitación, se apoyó en la puerta con los ojos cerrados.

Cunas, potitos, sonajeros, osos de peluche… todas esas cosas que ella había dejado atrás en sus sueños. Sueños que pertenecían a otra mujer, a otro tiempo.

Sherry se apartó de la puerta y empezó a deshacer la maleta. No era culpa de Clint, le decía una vocecita en su interior. Y tampoco era culpa de Kathryn. Ninguno de los dos tenían la culpa y, sin embargo, ella parecía querer castigarlos.

Después de guardar sus cosas en el armario, se sentó en la cama. La hija de Clint. Era lo que Sherry había deseado para él. Por eso había roto su compromiso años atrás. Había querido que él tuviera todo lo que ella no podría ofrecerle.

Si la niña era de Candy, ¿qué podría haberle ocurrido para abandonar a su hija?, se preguntaba.

Por supuesto, tratándose de Candy, las circunstancias podrían ir desde una esposa celosa hasta la tentación de un crucero por el Caribe.

En cualquier caso, y fuera lo que fuera, no era culpa de Clint. Cuando le había pedido ayuda, ella había tenido la oportunidad de negarse y no lo había hecho. De modo que tenía que ser consecuente.

Sherry se levantó, decidida a hacer lo que tenía que hacer, pero cuando iba a abrir. Clint llamó a la puerta.

—Perdona que te moleste —se disculpó. Se había quitado el uniforme y llevaba vaqueros y una camiseta blanca—. ¿Puedes ayudarme a montar la cuna? Será más fácil si lo hacemos entre los dos.

—Claro. ¿Dónde vas a ponerla? —preguntó Sherry.

—Pues… no sé —murmuró Clint, pensativo—. Supongo que en mi habitación.

—De acuerdo —dijo ella, tomando a la niña en brazos y entrando en el dormitorio tras él.

Un edredón azul marino cubría la cama de matrimonio y una cómoda grande de madera oscura ocupaba gran parte de la habitación.

Clint empezó a colocar la cuna cerca de la ventana y Sherry dejó a Kathryn en el centro de la cama, donde la niña empezó a jugar de nuevo con los deditos de sus pies, balbuceando cosas ininteligibles.

—Clint, perdóname. Me he portado como una idiota —murmuró Sherry entonces.

Clint sonrió, con aquel familiar gesto que creaba atractivas arruguitas alrededor de sus ojos.

—Prefiero una Sherry enfadada, que ninguna Sherry —dijo, tomando su mano.

A Sherry siempre le habían encantado sus manos. Grandes, fuertes, capaces—.

Agradezco mucho tu ayuda, Sherry. Lo que dije esta mañana es verdad. No le confiaría esta niña a nadie más que a ti —afirmó, mirándola a los ojos. El calor de la mano del hombre sobre la suya subía hasta su corazón. No era la calidez de un roce amistoso, sino algo más profundo, más provocativo… Cuando Clint apartó la mano para buscar el destornillador, suspiró aliviada—. ¿Walt no te puso pegas para darte unos días libres?

—Walt siempre pone pegas para todo.

—Es el tipo más cascarrabias de Armordale —rio Clint—. No he visto en mi vida una persona más triste.

—Si no se está quejando de algo, está llorando —sonrió ella, tomando una de las piezas y sujetándola para que Clint pudiera atornillarla.

Clint la miró, pensativo.

—¿No echas de menos tu trabajo como profesora?

Sherry sintió que la barrera protectora volvía a cerrarse, la barrera construida por ella para evitar las emociones que una vez había sentido… y que no quería volver a sentir.

—Nunca —contestó—. Soy feliz. Me gusta trabajar en el bar. Me gusta trabajar de noche, la gente que conozco… y además, las propinas son muy buenas —añadió, levantando ligeramente la barbilla, como desafiándolo a contradecirla.

Clint la estudió un momento y después volvió al trabajo sin decir nada.

Unos minutos después, la cuna estaba montada y el colchón, en su sitio. Sherry colocó las sábanas mientras Clint tomaba a la niña en brazos.

—Voy a hacerme un par de hamburguesas. ¿Seguro que no quieres

nada?

—No, de verdad. Si no te importa, me voy a dormir. Estoy agotada.

No quería sentarse en la cocina, mirando a Clint hacerse unas hamburguesas mientras la niña reía y balbuceaba en su silla. La imagen era demasiado íntima, demasiado doméstica.

—Las toallas están en el armario del cuarto de baño. Si necesitas algo, dímelo.

Estaba tan guapo con la niña en brazos, pensaba Sherry…

—Gracias —murmuró, antes de entrar en el cuarto de baño, decidida a darse una ducha caliente para aliviar la tensión.

Mientras estaba bajo el agua, recordó la mano de Clint sobre la suya. Recordó un tiempo en el que el contacto del hombre hacía que se le doblaran las rodillas. Y

recordaba que los besos de Clint hacían que le resultara difícil mantener su promesa de llegar virgen al matrimonio.

Definitivamente, necesitaba dormir, se decía a sí misma. Aquellos días de romance habían muerto.

Estuvo en la ducha durante mucho rato, relajando sus músculos con el agua caliente. Cuando terminó, se envolvió en una toalla y salió del cuarto de baño.

Cuando abría la puerta de su dormitorio, escuchó el murmullo de la voz de Clint desde el salón y lo vio sentado en el sofá, con la niña en brazos.

—No le preocupes, pequeñaja, yo no me voy a ningún sitio. No te voy a dejar sola —le estaba diciendo. Su voz, más suave que nunca, mientras acariciaba la cabecita de la niña.

Aquello era lo que Sherry siempre había deseado. Podía imaginarse a sí misma sentada en el sofá, con la niña en su regazo, las dos rodeadas por los fuertes brazos de Clint…

Sherry tuvo que parpadear para borrar aquella traidora imagen, su visión nublada por las lágrimas. Una loca fantasía, eso era todo.

Volvió a su habitación, tragándose las lágrimas que amenazaban con ahogarla.

Siempre había sabido que Clint sería un padre maravilloso y la escena que acababa de presenciar lo confirmaba. Su corazón estaba abrazando a la niña que creía su hija.

Eso era lo que Sherry siempre había querido para él, pero ver a la niña y a Clint juntos había despertado emociones que creía muertas. Había pensado que podría soportarlo, pero era demasiado.

Lo primero que haría a la mañana siguiente sería decirle a Clint que no podía seguir ayudándolo. Aunque él le importaba mucho, aunque deseaba ayudarlo, tenía que proteger su corazón.

Capítulo 3

Clint abrió un ojo, preguntándose si se había quedado dormido frente a la televisión… No, no estaba en el sofá. Estaba en su cama, y el ruido que lo había despertado no era la televisión.

Mientras se despejaban las telarañas del sueño, se sentó sobre la cama y se dio cuenta de qué era el ruido que lo había despertado.

Kathryn. Estaba tumbada en su cuna balbuceando y moviendo los bracitos. Sus manitas se abrían y cerraban como si intentase capturar los rayos de luz que entraban por la ventana.

A medianoche, Clint le había dado un biberón y le había cambiado el pañal. A las dos, se había sentado frente a la cuna y había acariciado su carita hasta que la niña había vuelto a quedarse dormida. A las tres, la había acunado en sus brazos y le había cantado todas las nanas que sabía.

Aunque era muy temprano y seguía muerto de sueño, Clint sentía la profunda alegría de la paternidad. Cada hora que pasaba estaba más convencido de que Kathryn era su hija.

No estaba seguro de por qué Candy no se lo había dicho, no sabía a qué clase de juego estaría jugando, pero aunque fuera una trampa para conseguir dinero de él, no le importaba.

Clint quería ser un padre en todos los sentidos. Pagaría una pensión alimenticia a Kathryn y exigiría derechos de visita. Y si descubría que Candy no era una madre adecuada, la llevaría a los tribunales para solicitar la custodia de la niña…

Pero primero tenía que saber qué estaba pasando. Y eso significaba que tenía que levantarse de la cama.

Clint se puso unos vaqueros y se quedó de pie frente a la cuna. Kathryn sonrió.

Como un rayo de sol, aquella boquita sin dientes lo calentó por dentro.

Kathryn. Su hija.

—Hola, cariño. ¿Quieres que te cambie el pañal? —sonrió, acariciando su mejilla. Ella empezó a dar pataditas, como diciendo que sí—. Vale, vale —dijo Clint, tomándola en brazos.

Después de cambiarle el pañal, la llevó a la cocina, pero en cuanto la dejó en el moisés, la niña empezó a lloriquear y Clint le preparó un biberón, preguntándose si Sherry se habría levantado.

Eran poco más de las seis. Le daría una hora más y después tendría que despertarla para ir a trabajar.

Unos minutos después se preparó un café y se sentó frente a la mesa, pensando en la mujer que dormía en la habitación de invitados.

Normalmente, se sentían muy cómodos el uno con el otro, pero

desde que había llegado para ayudarlo con la niña, había una extraña corriente de energía entre ellos… una que Clint no entendía bien.

Solo sabía una cosa. Nunca haría nada que pusiera en peligro la amistad que Sherry y él habían conseguido afianzar, una vez olvidado su amor juvenil. Ella solo tenía veintitrés años entonces y él, apenas dos más; había sido la primera relación seria para los dos.

Amor juvenil. ¿Era eso lo que había sido? ¿Eso era lo que Sherry y él habían compartido? Durante los últimos cinco años, Clint se había dicho a sí mismo muchas veces que eso era lo que tenía que haber sido… un inocente primer amor que no podía sostenerse más que en sus fantasías.

Aunque, mientras estaban juntos, a él no le había parecido nada infantil. Amar a Sherry y planear su vida juntos había llenado su vida de una felicidad que nunca había conocido antes… ni después. Pero eso había terminado.

Ella había elegido romper su compromiso, insistiendo en que sus sentimientos por él habían cambiado y nada de lo que había hecho durante los cinco años después de aquello le indicaba que las cosas fueran diferentes. Sherry había tomado la decisión y parecía satisfecha. Final de la historia.

Cuando terminó su taza de café, Kathryn había vuelto a quedarse dormida.

Clint preparó un café para Sherry, con leche y azúcar como a ella le gustaba, y, con la taza en la mano, llamó a la puerta de su habitación.

No hubo respuesta y volvió a llamar.

—Sí… —oyó que decía ella, con voz de sueño. Clint tomó el monosílabo por una invitación a entrar. Pero en cuanto abrió la puerta, se dio cuenta de su error.

Sherry estaba sentada en la cama y se cubrió inmediatamente con la sábana, pero no pudo impedir que viera la suave curva de sus pechos asomando por encima del escote del camisón de seda. Clint se sintió acalorado. Inesperada, espontáneamente

—. Esto… te he traído un café —dijo, después de aclararse la garganta. La habitación parecía más pequeña y sentía que le faltaba el aire.

—Gracias… déjalo en la mesilla —dijo ella, incómoda, pasándose la mano por el pelo.

Él dejó la taza a toda prisa, respirando el aroma femenino que flotaba en la habitación, una fragancia delicada que siempre había asociado con Sherry.

—Tengo que irme a trabajar —dijo, sin mirarla.

—Vale… saldré dentro de un minuto —murmuró Sherry, que tampoco lo miraba.

Clint escapó de la habitación y cuando llegó a la cocina se dejó caer sobre una silla.

No podía apartar de su mente aquella… visión. Sherry parecía más vulnerable que nunca. Sus facciones estaban relajadas, la luz de la mañana suavizándolas hasta darle el aspecto de una niña.

Su rubio pelo corto estaba despeinado y sus ojos parecían dos lagos verdes.

Tenía un aspecto cálido… muy sexy y, por un momento, había deseado quitarse los pantalones y meterse en la cama con ella.

Había deseado tocar su piel, acariciar sus pechos…

Clint se levantó de golpe. El movimiento súbito y el ruido de la silla contra el suelo despertaron a Kathryn, que empezó a llorar.

—Venga… venga —murmuró él, acariciando su barriguita—. No pasa nada. No quería asustarte.

La verdad era que se había asustado él mismo con aquellos pensamientos.

Aparentemente había estado demasiado tiempo sin una mujer, se decía a sí mismo.

Un año y medio. Había pasado un año y medio desde la última vez que había hecho el amor. Era normal que, por un momento, hubiera tenido pensamientos de carácter sexual sobre Sherry, se decía.

Ella entraba en la cocina en ese momento, con la taza de café en la mano.

Se había puesto unos vaqueros y una camisa de color melocotón.

—Otra taza de café y seré casi un ser humano —sonrió, dirigiéndose hacia la cafetera.

Clint sonrió, esperando que la tensión hubiera desaparecido.

—Tú no tomas café. Tú tomas leche con azúcar.

—Es la única forma de soportar esta pócima que tú llamas café.

—Tengo que ducharme. Andy vendrá a buscarme en diez minutos —dijo Clint.

—¿Clint? —lo llamó ella. Clint se volvió. Sherry miró a la niña, luego a él y después de nuevo a la niña—. Nada.

—¿Pasa algo?

—Nada. Ve a ducharte.

Un momento después, Clint estaba bajo el agua, preguntándose si Sherry había estado a punto de decirle que se marchaba.

Si era así, había cambiado de opinión en el último momento y se sentía agradecido. No tenía ni idea de qué haría si Sherry se marchase.

Él no tenía familia y sus padres estaban muertos… para él.

Era curioso. Casi nunca pensaba en el matrimonio que lo había criado. No lo habían ayudado cuando estaba creciendo y los necesitaba y, desde luego, no habían querido formar parte de su vida cuando se había hecho adulto.

Clint cerró el grifo de la ducha y tomó la toalla. No sabía si Sherry había intentado decirle que se marchaba. Y tampoco tenía ni idea de qué había causado los locos pensamientos que había tenido sobre ella unos minutos antes.

Sherry tenía la intención de decirle que buscara a otra persona para ayudarlo con Kathryn. Se había ido a dormir la noche anterior decidida a decirle por la mañana que se marchaba, que volvía a su vida, donde no había niños.

¿Qué había sido de sus intenciones?, pensaba mientras tomaba el café. ¿Era porque a la luz del día se sentía más fuerte, más capaz de soportar la situación?

¿O era demasiado tarde?, se preguntaba mirando a la niña. ¿Se habría enamorado de aquellos ojitos azules, de la carita regordeta? Sherry tuvo que sonreír mirando a Kathryn, que movía los bracitos como respuesta.

En ese momento, alguien llamó a la puerta y, cuando abrió, Sherry se encontró frente al gordito ayudante de Clint.

—Hola, Andy. Entra. Clint estará listo en cinco minutos.

Andy la siguió hasta la cocina, sonriendo de oreja a oreja cuando vio a la pequeña.

—Qué rica es —dijo, acariciando la manita de Kathryn—. ¿Puedo tomarla en brazos?

—Claro.

—Ayer estaba dormida cuando vine —explicó Andy, sacándola del moisés—.

Qué cosa más bonita.

Kathryn se agarró a su nariz con una mano y a una oreja con la otra, sin dejar de reír. En ese momento, Clint entraba en la cocina y, cuando vio a su ayudante, hizo una mueca de desesperación.

—Y pensar que esto es lo único que hay en Armordale para defender a sus ciudadanos de los criminales.

—Yo te diré lo que es un crimen —dijo Sherry, tomando a la niña en brazos—.

Un crimen es abandonar a una niña en la puerta de alguien. ¿Qué habría pasado si no hubieras estado en casa? ¿Qué habría pasado si no estuvieras en la ciudad?

Sherry se calló entonces, sorprendida por lo que acababa de decir. Pero no más sorprendida que Clint.

—Tienes razón —dijo él—. Ayer intenté localizar a Candy, pero no lo conseguí.

Después tuve que ponerme a trabajar en un robo y…

—¿Un robo? —repitió Sherry. Había muy pocos delitos en Armordale y un robo era una gran noticia.

—A Jerry Baker le robaron una caja de chicles de la tienda. Pero encontramos enseguida a los delincuentes. Dos chavales de diez años que habían hecho novillos —

explicó Clint con una sonrisa.

—Esos dos chicos se lo pensarán dos veces antes de volver a delinquir. Clint les dio una charla que no olvidarán nunca —asintió Andy, orgulloso de su jefe—. Bueno,

¿estás listo?

—Sí. Y cuando vuelva esta noche, tendré algunas respuestas —dijo Clint, acariciando la mejilla de la niña. Kathryn abrió la boquita como si él le estuviera ofreciendo un biberón y los tres se echaron a reír.

Cuando los dos hombres se marcharon, Sherry dejó a Kathryn en el moisés y se sentó para terminar su taza de café.

Habían pasado quince meses desde que Clint y Candy habían dejado de verse y todo aquello parecía una manipulación. Era muy posible que Candy hubiera dejado a la niña en su puerta para obligarlo a casarse con ella…

El matrimonio de Clint cambiaría por completo su amistad con él, pensaba Sherry. Sabía que ninguna mujer querría que ella siguiera viendo al guapo comisario.

Y sabía también que él haría lo que considerase éticamente correcto. A pesar de que no amaba a Candy, se casaría con ella si creyera que era lo mejor para la niña. Y

Sherry lo perdería para siempre, se decía, luchando contra la tristeza que encogía su corazón.

Algún día, fuera con Candy o con otra, Clint se casaría. Y ese día, tendrían que dejar de ser amigos.

Pero ella había conseguido sobrevivir a la ruptura de sus sueños y de sus esperanzas y, cuando llegara el momento de desprenderse de Clint lo haría también.

Como el día anterior, las horas pasaron a toda velocidad. Cuando Kathryn se despertó, Sherry le dio un potito de arroz y un poco de fruta y después la bañó y la colocó en el moisés.

Intentaba desesperadamente no enamorarse de la niña, cuidarla sin sentir afecto por ella. Pero era imposible. Kathryn parecía emitir un hechizo, seguramente igual que cualquier otro niño de seis meses y el corazón de Sherry sufría por ello.

Cada minuto que pasaba, se sentía más y más encariñada con la niña.

Clint marcó el número de teléfono de Candy por quinta vez aquel día, frunciendo el ceño cuando no obtuvo respuesta. Ni siquiera se encendía el contestador.

—¿Clint? —lo llamó Andy, asomando la cabeza por la puerta de su despacho—.

Betty Wade está al teléfono. Quiere saber cuántos años de cárcel le caerían por darle un perdigonazo a Walt Clary.

Clint colgó el teléfono.

—¿Por qué quiere darle un perdigonazo? —preguntó, aunque sospechaba que sabía la respuesta.

—Parece que Walt permite que su perro entre todas las mañanas en el jardín de Betty y se coma sus flores. Y ya sabes cómo es Betty con sus flores.

—Di le que si lo hace, tendré que arrestarla y pasará meses en la cárcel —dijo Clint, con una sonrisa.

Andy desapareció y volvió un minuto después.

—Betty quiere saber si además de arrestarla, le darían una medalla por darle un perdigonazo a ese viejo imbécil. Son sus palabras.

—Hablaré con ella —rio Clint, pulsando el botón que estaba encendido en su teléfono—. Betty, soy el comisario Graham. ¿Walt y tú tenéis problemas otra vez? —

preguntó. Clint escuchó durante unos minutos a la mujer desahogándose sobre su vecino y sobre el perro de su vecino—. Iré a hablar con Walt —le prometió—. Y tú prométeme guardar esa escopeta de perdigones.

Después de colgar, entró en su coche patrulla para dirigirse a la granja de Walt Clary.

Mientras conducía, de nuevo volvió a recordar cuando había entrado en la habitación de Sherry y la había visto… Había intentado borrar aquella imagen de su mente durante todo el día, sin éxito.

Si era sincero consigo mismo, tendría que reconocer que, durante los últimos cinco años, había tenido más de una vez pensamientos de carácter sexual sobre Sherry.

Habían sido fantasías que duraban unos segundos y que él dejaba escondidas en un lugar secreto de su mente.

Pero verla en la cama, imaginar su cuerpo cálido después del sueño y ver su precioso escote había despertado emociones que creía haber dejado atrás.

Clint bajó la ventanilla, agradeciendo la brisa primaveral que entraba en el coche. Tenía que dejar de fantasear sobre Sherry.

Valoraba mucho su amistad con ella y sabía que, después de una noche de pasión, por la mañana seguiría teniendo que enfrentarse al hecho de que él no era suficiente para ella. Y una escapada por terreno prohibido destruiría cualquier esperanza de amistad entre ellos.

Era mejor recordarse a sí mismo que Sherry y él no estaban hechos el uno para el otro, mientras que podían ser amigos para siempre.

Cuando llegó a la casa de Betty Wade, Clint levantó el pie del acelerador. Como siempre, en aquella época del año, su jardín estaba lleno de flores.

Las flores de Betty eran su familia y Clint entendía el disgusto que se llevaba cada año cuando el perro de Walt decidía destrozarlas.

Cuando salía del coche, Walt salió al porche de su casa, con su perro al lado.

—Sabía que llamaría a la policía —exclamó el hombre antes de que Clint pudiera decir nada—. Esa mujer tiene la boca más grande que un buzón de correos.

—Sabes que tienes que sujetar a tu perro con una correa, Walt —dijo Clint, intentando mantener un aspecto de autoridad—. No quiero tener que encerrarlo.

— *Rover* no quería hacer daño —dijo Walt, acariciando al animal —. Es que es fetichista. Le gustan las flores… no lo puede evitar. A quien tendrías que encerrar es a Betty. Ella es mucho más mala que mi perro —añadió. Era la misma pelea de todos los años y Clint tenía la sensación de que los dos viejos disfrutaban de aquellas broncas más de lo que querían reconocer—. Y, además, estoy enfadado contigo. Me has robado a mi mejor camarera para ponerla a cuidar niños. Por cierto, dicen por ahí que el niño es tuyo —dijo el hombre, guiñándole un ojo.

—No deberías hacer caso a los rumores —replicó Clint—. Y solo te he robado a Sherry durante un par de días.

—¿Un par de días cuidando de un niño y crees que querrá volver a mi apestoso bar? —se quejó—. No volverá. Querrá casarse y tener hijos, ahora que tú le has dado a probar eso de la maternidad. Y sin ella en el bar, el negocio se acabó.

Probablemente tendré que venderlo.

—Walt, puedes cambiar de conversación todo lo que quieras, puedes culparme de todos tus problemas, pero sujeta a tu perro con una correa para que no se coma las flores de Betty o tendré que encerrarlo en la perrera.

Sin esperar respuesta, Clint se dio la vuelta y se dirigió a su coche. Minutos después, mientras volvía a la comisaría, no podía dejar de

recordar lo que Walt había dicho sobre Sherry: «Querrá casarse y tener hijos».

Por supuesto, Walt no sabía que Sherry no podía tenerlos. No habría hijos para ella a menos que se casara con un hombre que los tuviera.

Clint esperaba que Sherry conociera a un hombre maravilloso y que fuera feliz.

Se había dado cuenta tiempo atrás de que no podría serlo con él.

Sí, Clint quería que ella fuera feliz. Lo que no entendía era por qué la idea de una Sherry feliz y casada con otro hombre causaba aquel helado viento de tristeza en su corazón.

Capítulo 4

—No entiendo dónde puede estar Candy —estaba diciendo Clint mientras ayudaba a Sherry a limpiar los platos. Ella le había dado una sorpresa preparando asado para cenar, pero le había advertido que no cocinaría todos los días.

—La nota decía que la madre de Kathryn estaría fuera de la ciudad dos semanas —le recordó Sherry mientras abría el grifo para llenar el fregadero de agua

—. Y, si es Candy, es lógico que dejara a la niña en tu puerta. Sabía que tú cuidarías de ella.

—Sé que Candy es egoísta y vanidosa, pero no me la imagino abandonando a su hija —murmuró él, mirando a la niña que movía las manitas en el moisés.

Sherry echó los cubiertos en el agua jabonosa, mordiéndose la lengua. No le había gustado Candy desde el primer momento. Nadie había sido más feliz que ella cuando su relación con Clint había terminado.

Pero, ¿había terminado del todo?, se preguntaba. Kathryn podría ser el eslabón que la uniera a Clint para siempre. Un eslabón con el que ella no podía competir.

Sherry limpiaba los vasos con furia, regañándose a sí misma. Claro que no podía competir con un hijo de Candy. Y no quería competir.

—Voy a llamarla otra vez —dijo Clint, tomando el teléfono.

Mientras marcaba, Sherry intentaba ignorar lo guapo que estaba con los vaqueros y la camiseta. ¿Sus hombros siempre habían sido tan anchos?, se preguntaba.

Pero, ¿por qué se fijaba en sus hombros, en su espalda, en su apretado trasero…? Durante los últimos años, había conseguido pensar en Clint solo como un amigo. ¿Por qué demonios volvía a verlo como el hombre deseable que era?

Sherry aclaró los vasos y los colocó en el escurreplatos. Al mismo tiempo, Clint colgaba el teléfono con un suspiro de frustración.

—No lo entiendo. Siempre ha tenido contestador, pero no funciona.

—Quizá deberías llamar a información —sugirió Sherry, secándose las manos, sorprendida de que él no hubiera sido un poco más decidido en su búsqueda de Candy. En ese momento, Clint estaba mirando a Kathryn con ternura y Sherry recordó que, una vez, él la había mirado a ella con esa misma expresión. El recuerdo la hizo sentir una punzada de dolor, un dolor que intentaba desesperadamente olvidar—. Quizá ha cambiado de dirección y de teléfono. Ha pasado casi un año y medio desde la última vez que la

viste.

—Quizá tengas razón. Llamaré a información —dijo él, tomando el teléfono de nuevo.

Mientras hablaba con la operadora, Sherry terminó de secar los platos.

Se preguntaba si Clint estaba retrasando a propósito la búsqueda de Candy porque se sentía a gusto en su nuevo papel de padre.

Clint le había dicho una vez que no había pensado tener hijos, que ser padre no era algo importante para él. Pero eso había sido antes de conocer a Kathryn. Parecía transformado con la niña.

—Tenías razón —dijo Clint después de colgar—. Ese ya no es su número de teléfono y en información no tienen ningún otro —explicó, pasándose una mano por el pelo.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. No recuerdo el nombre de la agencia de viajes para la que trabajaba cuando la conocí y en Kansas debe de haber cien agencias.

—Podríamos repartirnos los números. Si tú llamas a la mitad, yo llamaré a la otra mitad.

—Eso es mucho trabajo y no creo que consigamos nada —dijo él—. Si no recuerdo mal, Candy odiaba su trabajo y quería dejarlo. Es muy posible que ahora trabaje en otro sitio.

Sherry se sirvió una taza de café.

—¿Quieres?

—Sí, gracias —contestó Clint, con una sonrisa que la calentó por dentro—. Por cierto, me parece que no te he dado las gracias por el asado.

Sherry sonrió, poniendo una taza de café frente a él.

—Solo lo dices para que mañana vuelva a cocinar.

Él lanzó una carcajada y cubrió la mano de la mujer con la suya.

—Sherry, no necesito que cocines —sonrió—. Sé que estos días con Kathryn son difíciles para ti y nunca podré pagarte lo que estás haciendo.

En el cerebro de Sherry sonó una alarma. La mano del hombre sobre la suya era demasiado cálida, la mirada en sus ojos azules dolorosamente tierna. Todo combinado evocaba en ella un deseo irreprimible de abrazarlo, de revivir el dulce recuerdo de besos pasados.

—Los amigos están para eso —murmuró apartando la mano—. Si no te importa, voy a dar un paseo. Necesito estirar las piernas.

—¿Te importa si voy contigo?

Sí, me importa, le hubiera gustado gritar. Necesitaba estar sola,

necesitaba tiempo para volver a colocar al hombre donde había estado durante cinco años… en su calidad de amigo.

—Pero si no tenemos cochecito para la niña —protestó ella débilmente.

Clint se encogió de hombros.

—No pesa nada. Además, hace una noche preciosa —dijo, tomando a Kathryn en brazos. Sherry asintió, resignada. Un minuto después, los tres salían de la casa y Sherry respiró profundamente, alegrándose de que la calle no oliera a polvos de talco

—. ¿A la izquierda o a la derecha? —preguntó Clint. «Tú por la derecha y yo por la izquierda», hubiera querido decir Sherry. Pero se encogió de hombros, deseando tener valor para decirle que lo que quería era estar sola, que quería recuperar la paz que tanto trabajo le había costado conseguir—. Izquierda —decidió él. Caminaron en silencio durante unos minutos, el único sonido los balbuceos de Kathryn y los sonidos de una pequeña ciudad preparándose para irse a dormir. Puertas de garajes que se cerraban, retazos de conversaciones que les llegaban a través de las ventanas abiertas… Por alguna razón, las luces y los sonidos de las familias que se reunían al final del día hicieron que el corazón de Sherry se encogiera de nuevo. ¿Algún día tendría a alguien con quien compartir sus noches?, se preguntaba—. Quizá debería llamar a Stan Glenaire —dijo Clint rompiendo el silencio.

—Si alguien puede encontrar a Candy, seguro que es Stan —asintió ella.

Stan Glenaire era un viejo amigo de Clint. Había trabajado durante quince años como oficial de policía en Kansas y después había decidido hacerse investigador privado.

Una vez al mes, iba a Armordale para cenar con Clint. Sherry había cenado con ellos varias veces y lo había pasado bien con el divertido investigador.

—Lo llamaré mañana —dijo Clint, cambiándose a la niña de brazo —. Por cierto, he hablado con Walt esta mañana. Está seguro de que no vas a volver a trabajar en el bar.

Sherry lo miró, sorprendida.

—¿Por qué?

—Cree que después de haber probado la vida familiar, querrás casarte y no volver a ser camarera.

Sherry rio, aunque el sonido era carente de alegría.

—No tiene que preocuparse por eso. No tengo planes de casarme con nadie.

—¿Nunca? —preguntó él.

Sherry apartó la mirada.

—No lo sé. Nunca es una palabra demasiado fuerte. Pero, por ahora, las cosas están bien como están.

—¿No te sientes sola? —preguntó Clint, suavemente.

—A veces —dijo ella—. Aunque me sentiría mucho más sola si me casara con alguien a quien no quiero —añadió. Sería infinitamente peor estar casada y saber que no podría tener hijos con el hombre que amaba, que no habría risas en la casa, que no habría sueños y esperanzas—. ¿Por qué no te casas, Clint? —preguntó, sin pensar.

No había querido hacerlo, las palabras habían salido de su boca sin que pudiera evitarlo—. Estás considerado el soltero más deseable de Armordale.

—Eso no es mucho cuando la edad media de los hombres de Armordale es sesenta años —rio él—. Una vez quise casarme, —dijo después, clavando sus ojos en ella— pero no funcionó. Desde entonces, no he vuelto a pensarlo.

Sherry apartó la mirada. Nunca habían vuelto a hablar del pasado, nunca habían comentado su compromiso roto.

Ella sabía que le había hecho daño, pero había sido un dolor necesario para que, más adelante, Clint pudiera ser feliz.

—Deberíamos volver. Está empezando a hacer frío —dijo, parándose en medio de la acera. Lo que realmente deseaba era cambiar de conversación porque no quería enfrentarse con los recuerdos.

Se dieron la vuelta y volvieron hacia la casa. Kathryn se había quedado dormida sobre el pecho de Clint. Cada vez que Sherry miraba a la niña o a Clint, que la sujetaba como si fuera lo más precioso del mundo, un nuevo dardo se clavaba en su corazón.

—¿Qué tal está tu familia? —preguntó Clint—. Hace mucho que no veo a tu madre y a tu hermana.

—Están bien. Mi madre está muy ocupada con su tienda y Susan con sus hijos

—contestó ella, sintiendo remordimientos. Había dejado que la relación con su hermana se enfriase desde que esta había tenido niños porque le resultaba demasiado doloroso—. Mi madre sigue enfadada conmigo por haber dejado el puesto de profesora.

—Fue una sorpresa para todo el mundo —dijo Clint—. Eras una profesora estupenda.

—Me cansé —replicó ella, sin mirarlo—. Limpiarle la nariz a un montón de mocosos todos los días, escuchar sus tonterías, intentar que no se pegaran entre ellos… bueno, estaba cansada.

Clint soltó una carcajada. —Pues a mí me parece que haces lo

mismo en el bar de Walt.

Sherry rio también.

Pero Clint no entendía lo doloroso que había sido para ella seguir trabajando con niños después de saber que no podría tener hijos. Él no sabía lo que era sentir los

bracitos de una niña abrazándola por las mañanas para darle los buenos días, ni el olor de los críos, aquel olor indefinible… todo eso era una tortura para ella.

Se había distanciado de todo lo que podía hacerle daño, los niños, su familia…

Clint. En cierto modo, abandonar a Clint había sido lo más difícil. Abandonando a Clint había elegido una vida sin amor. Y los últimos dos días con él y con Kathryn le habían recordado todo lo que nunca podría tener.

Cuando entraron en la casa, Clint llevó a la niña a la cuna y después volvió a reunirse con Sherry en el salón.

—Clint, acepte ayudarte durante unos días —empezó a decir ella entonces—. Si no encuentras a Candy mañana, tendrás que buscar a otra persona. Yo tengo que volver a trabajar.

Una expresión de pánico cruzó la cara del hombre.

—Sherry, no digas eso. No sé cuándo encontraré a Candy. Además, ¿por qué tienes tanta prisa? No tienes perros, ni gatos. Ni siquiera tienes plantas que necesites regar —dijo él, alargando la mano para apartar un mechón de pelo de su frente, el roce más íntimo que habían compartido en muchos años—. No te vayas ahora, Sherry. Kathryn y yo te necesitamos —le suplicó, inclinándose hacia ella, tan cerca que podía ver los diminutos puntitos plateados en sus pupilas, tan cerca que sentía que se ahogaba en su aroma. Por un segundo, Sherry creyó que iba a besarla. Y lo deseaba, lo deseaba desesperadamente. Quería sentir los labios del hombre contra los suyos, sus fuertes brazos rodeándola. Pero Clint no la besó y, de repente, se levantó del sofá—. Ojalá consiga alguna respuesta mañana. Pero si no es así, espero que cambies de opinión y te quedes —dijo, pasándose la mano por el pelo—. Bueno, creo que será mejor que nos vayamos a la cama. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Clint —murmuró Sherry. Cuando él salió del salón y escuchó el sonido de la puerta de su dormitorio al cerrarse, lanzó un suspiro tanto de alivio como de decepción.

Había deseado que la besara y eso la asustaba.

Sherry tomó uno de los cojines y lo abrazó, preguntándose si estrujándolo con fuerza contra su pecho conseguiría aliviar el vacío que sentía por dentro.

No solo había querido que Clint la besara. Había deseado que él la tomara entre sus brazos, que acariciara su cuerpo hasta volverla loca.

Su mente se llenaba de recuerdos. Recuerdos de lo que había habido una vez entre ellos, la dulce, explosiva pasión que habían disfrutado, la pasión que nunca habían llevado a término por su propio deseo de llegar virgen a la noche de bodas.

Sherry deseaba entonces no haber sido tan obstinada sobre ese asunto. Deseaba haber dejado que la pasión la hiciera perder la cabeza. Una sola vez. Aunque hubiera sido una sola vez, deseaba haber perdido el control entre los brazos de Clint.

Sherry apretó el cojín con más fuerza. Pero quizá era mejor así, se decía.

De esa forma, no tenía un recuerdo que la atormentaría aún más.

Verlo con Kathryn durante los últimos días simplemente había reafirmado la decisión que había tomado cinco años atrás. Él se merecía una mujer que pudiera tener hijos, no la amargada mujer yerma en que ella se había convertido.

Clint se desabrochó los vaqueros con manos temblorosas y los tiró sobre una silla. Después, se sentó al borde de la cama y respiró profundamente.

El deseo lo había sorprendido como una corriente eléctrica. Y el deseo tenía un nombre… Sherry. Por un momento, mientras estaban sentados en el sofá, había creído ver la misma emoción en los ojos de ella.

Clint se quitó la camiseta y la tiró sobre la silla. Después se quitó los calcetines, apagó la luz y se metió en la cama.

Debía de haberse equivocado. Había imaginado el deseo en los ojos verdes de Sherry. Había dormido poco la noche anterior y estaba suficientemente cansado como para fantasear con cosas que no eran ciertas.

Había sobrevivido a la decisión de Sherry de cortar su relación. Había conseguido vivir sin quererla en el sentido romántico durante los últimos cinco años.

Y no podía permitir que las cosas cambiaran. Se negaba a dejar que una pasión momentánea destruyera la amistad que había entre ellos.

Clint cerró los ojos, seguro de que fuera la emoción que fuera la que había sentido, fuera lo que fuera lo que había visto en sus ojos, no había sido real.

Minutos después, estaba dormido. Y soñaba. Sabía que estaba soñando porque de nuevo Sherry y él estaban dentro del coche en el lago de Armordale. Siempre había sido un sitio especial para ellos.

El calor de Sherry lo envolvía mientras la besaba ávidamente en

los labios. Ella se apretaba contra él, acariciando su espalda.

«Sherry, mi dulce Sherry», murmuraba él, besándola en las mejillas y de nuevo capturando su boca. Pero, de repente, ella se apartaba y salía del coche. «¡Sherry!», la llamaba mientras ella corría hacia el lago.

Clint saltaba del coche y corría tras ella, pero no podía alcanzarla. Sherry se metía en el lago y desaparecía bajo el agua.

Clint no sabía si habían sido los gritos de Kathryn o sus propios gritos lo que lo habían despertado.

Saltó de la cama y encendió la luz, sacudiendo la cabeza para librarse de aquel sueño horrible.

Mientras le cambiaba el pañal a la niña e intentaba calmarla hablándole bajito, intentaba olvidar el sueño. Pero le había quedado una terrible angustia, un vacío en el estómago cuando recordaba a Sherry desapareciendo bajo las aguas oscuras del lago.

El nuevo pañal no calmó los gritos de la niña. Clint la tomó en brazos y la llevó a la cocina para preparar un biberón.

Unos minutos después, cuando volvía a su habitación, no vio luz por debajo de la puerta del dormitorio de Sherry. Aparentemente, ella no se había despertado.

Clint cerró la puerta de su cuarto y se sentó en la cama para darle el biberón a Kathryn.

Pero la niña no quería tomarlo y se retorcía entre sus brazos, intentando evitar la tetina.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó Clint, acunándola para que volviera a dormirse.

Pero Kathryn seguía llorando cada vez con más fuerza.

Clint se levantó y empezó a pasear, moviendo a la niña suavemente arriba y abajo. Quizá tenía gases o algo así, se decía. Sus gritos le rompían el corazón. No quería que llorase. Deseaba que cada día de su vida, cada momento de su existencia, estuviera lleno de alegría y felicidad.

La puerta de su habitación se abrió entonces y Sherry apareció en el umbral. Él empezó a sonreír, aliviado, pero cuando vio el brillo de sus ojos, el alivio desapareció, reemplazado por otra emoción.

Sherry lo miró de arriba abajo y, sin poder evitarlo, se puso colorada. Clint se dio cuenta entonces de que estaba en calzoncillos y no pudo evitar sonrojarse también.

—Lo siento… he llamado, pero no me has oído —empezó a decir ella, con voz más ronca de lo normal—. ¿Tienes problemas con Kathryn?

—No sé qué le pasa. No deja de llorar —dijo él. La imagen de

Sherry con el camisón de seda afectaba a cierta partes de su cuerpo y solo con los calzoncillos…

Antes de ponerse en ridículo por completo, Clint puso a Kathryn en sus brazos—.

Quizá tú puedas calmarla.

—Vuelve a la cama, Clint. Yo me encargaré de ella —dijo Sherry y, sin esperar respuesta, salió de la habitación.

Clint se quedó parado durante un rato, esperando que su corazón volviera al ritmo normal. Pero la normalidad no parecía volver a su cuerpo.

Con las piernas temblorosas, se obligó a sí mismo a apagar la luz y después se metió en la cama… una cama que, de repente, le parecía demasiado fría y demasiado grande para él solo.

Deseaba a Sherry. La idea lo golpeó con la fuerza de un puñetazo en el estómago.

La había deseado muchos años antes y, aunque pudiera parecer imposible, en aquel momento la deseaba aún más.

Clint respiró profundamente y después soltó el aire poco a poco, para calmarse.

Nada había cambiado desde que Sherry le había dicho que no deseaba casarse con él, que no quería pasar el resto de su vida con él.

Volviéndose de lado, se dio cuenta de que la casa se había quedado en silencio.

Kathryn había dejado de llorar. Aparentemente, Sherry había conseguido calmarla.

Pero tenía la sensación de que no querría hacer lo mismo por él. No querría hacer algo para calmar el deseo que llenaba su alma.

Capítulo 5

Los últimos rayos de sol bailaban sobre las cortinas, calentando agradablemente el salón. Sherry estaba tumbada en el sofá leyendo una revista. Pero no podía concentrarse en los artículos, estaba pensando en Clint.

Verlo la noche anterior en calzoncillos había evocado fantasías que no debía haber evocado, fantasías de su cuerpo y el del hombre desnudos debajo de las sábanas…. dulces fantasías de sus labios sobre los suyos, robándole el aliento con besos ansiosos, acariciándola por todas partes mientras tomaba posesión de su cuerpo.

Sherry sacudió la cabeza, intentando ahuyentar aquellos pensamientos, intentando concentrarse en la niña que dormía en la habitación de Clint.

La noche anterior, Kathryn había dejado de llorar en cuanto la había tomado en brazos. Sherry imaginaba que la niña echaba de menos a su madre y el aroma femenino aminoraba el dolor de su ausencia.

Se había metido en la cama con Kathryn en sus brazos y, casi instantáneamente, la niña se había dormido, dejándola a solas con su abrumador deseo por Clint.

¿De dónde había salido aquel deseo?, se preguntaba. Creía que sus sentimientos por Clint habían muerto hacía tiempo. ¿Habrían estado dormidos, esperando que alguien los despertara para renacer con renovada energía?

Sherry sabía que no debería dejar crecer aquellos sentimientos. Hacer el amor con él rompería su corazón definitivamente.

Cerrando los ojos, Sherry pensó en lo que le había dicho a Clint por la noche.

Había mentido al decir que era feliz. No lo era. No le gustaba trabajar en el bar de Walt. Odiaba trabajar por las noches y no soportaba a los borrachos vaqueros. Cada noche volvía a su casa, agotada y apesadumbrada por el rumbo que había tomado su vida.

Quizá era el momento de cambiar, pensaba. ¿Pero cómo? ¿Qué clase de cambios quería hacer?

No trabajar en el bar durante unos días la había hecho darse cuenta de que era el momento de cambiar de vida, pero no sabía cómo empezar.

Cuando el médico le había dicho que no podría tener hijos, había dejado su trabajo como profesora para no estar todos los días rodeada de niños. Había intentado mitigar su dolor, pero solo había conseguido castigarse a sí misma.

No sabía si hubiera podido seguir trabajando con niños, pero sí

sabía que era el momento de dejar su trabajo como camarera, el momento de empezar a buscar otras opciones de trabajo…

Un ruido extraño la sobresaltó entonces. Sherry se sentó de golpe en el sofá y aguzó el oído.

Quizá había sido la rama de un árbol rozando el cristal, pensaba, mirando hacia la ventana. Pero no podía ser una rama. No había viento.

Y de nuevo escuchó el ruido… como unas uñas rascando la pared.

Sherry se levanto de un salto. Kathryn. Quizá se había caído de la cuna, pensó, asustada.

Fue al dormitorio de Clint y abrió la puerta. Por una décima de segundo, la escena que presenció no se registró en su cerebro. Kathryn estaba dormida y detrás de la cuna, la mosquitera de la ventana había sido arrancada. La ventana, que Sherry había cerrado al dejar a la niña en la cuna, estaba abierta.

Cuando se dio cuenta de lo que había pasado, sintió pánico. Corriendo, tomó a la niña en brazos, cerró la ventana de golpe y corrió hacia la puerta de la calle para comprobar que estaba cerrada.

Después, corrió a la cocina y marcó el teléfono de la comisaría.

Clint contestó y al escuchar su voz, Sherry rompió a llorar.

—¿Sherry? ¿Qué ocurre?

—Han intentado entrar en la casa —contestó ella—. Kathryn estaba durmiendo en su cuna y alguien ha arrancado la mosquitera de la ventana.

—¿Qué? No te entiendo…

—Por favor, ven a casa, Clint. Ahora mismo —le rogó ella, apretando a la niña entre sus brazos. Clint colgó el teléfono inmediatamente.

Alguien había intentado entrar en la casa. ¿Por qué? Y de todas las habitaciones de la casa, ¿por qué habían intentado entrar por el dormitorio de Clint, donde Kathryn estaba durmiendo?

Las implicaciones la aterrorizaban.

—Calla, cariño —murmuró. Kathryn estaba llorando, probablemente porque sentía miedo en ella.

Sherry se acercó a la puerta de entrada y miró por la mirilla. Todo parecía normal. No había sombras merodeando por ningún lado. Y, sin embargo, sabía que alguien había querido entrar en la casa, alguien había querido llevarse a Kathryn.

Cuando escuchó la sirena del coche de policía, suspiró aliviada. No recordaba cuando fue la última vez que había escuchado una sirena en Armordale.

El chirrido de unos neumáticos frente a la casa señalaba la llegada

de Clint.

Sherry abrió la puerta y se encontró con él en el porche. Y, en ese momento, dejó escapar las lágrimas que había estado controlando.

—Tu habitación… —murmuró—. Alguien ha intentado entrar en la casa por la ventana de tu habitación.

Las facciones de Clint estaban tensas y casi daba miedo mientras sacaba la pistola de su funda.

—Cierra la puerta. Y no la abras para nadie, excepto para mí —indicó él.

No tuvo que decírselo dos veces. Sherry volvió a entrar en la casa, cerró la puerta y fue al salón, dándole golpecitos en la espalda a Kathryn, para calmarla.

Los deditos de Kathryn se cerraban sobre su blusa, y la miraba con sus ojitos azules como si le estuviera diciendo que confiaba en ella.

Sherry la apretó contra su pecho, sintiendo que el amor maternal crecía dentro de ella.

La emoción, tan rica, tan pura, la dejó sin aliento. Nunca había creído que podría sentir de esa forma.

Nunca había creído que experimentaría el amor hacia un niño con aquella profundidad, sabiendo que haría lo que tuviera que hacer para protegerlo contra todo. Había creído que, por no poder tener hijos, tampoco tendría instinto maternal.

Pero se había equivocado.

Después de la sorpresa, llegó el dolor. Quería a Kathryn. En los pocos días que había estado con ella, la niña había conseguido meterse en su corazón. Pero, en alguna parte, Kathryn tenía una madre y Sherry sabía que los lazos que se habían creado entre la niña y ella se romperían cuando apareciera.

—Sherry, abre, soy yo —escuchó la voz de Clint.

Sherry corrió a abrir la puerta.

—¿Has visto a alguien?

Clint negó con la cabeza, mientras guardaba la pistola.

—No. Aunque está claro que alguien ha intentado entrar por la ventana —dijo, pasándose la mano por el pelo—. Si tú fueras a robar a una casa, ¿elegirías la habitación en la que duerme un niño?

—Solo si quisiera llevarme al niño —contestó ella, sabiendo que era lo que ambos pensaban.

Los ojos de Clint se oscurecieron.

—Si Candy piensa que esto es un juego, te juro que la estrangulo —murmuró—.

Dame a la niña, Sherry.

Clint llevó a Kathryn al salón y la dejó en el suelo con un juego de

llaves de plástico de colores.

Mientras Kathryn jugaba con las llaves, Clint llevó a Sherry al sofá.

Ella se dejó caer en sus brazos. Necesitaba la fuerza del hombre para sentirse segura y, enredando los brazos alrededor de su cuello, enterró la cara en su pecho.

—Tenía tanto miedo. Abrí la puerta y vi la mosquitera arrancada… Si hubiera esperado un minuto más, Kathryn no habría estado en la cuna —susurró, sintiendo un escalofrío de horror.

Clint la apretó con más fuerza.

—Pero no esperaste un minuto más y no ha pasado nada. Kathryn está bien.

Gracias a Dios las dos estáis bien —dijo él, pasándole una mano por el pelo—.

Sherry… —murmuró, cuando ella levantó los ojos.

Sherry se quedó sin aliento. Clint iba a besarla. Lo sabía. Veía la intención en sus ojos. Y ella no pensaba detenerlo.

Clint inclinó la cabeza y rozó los labios femeninos suavemente. Era un beso tentativo que inmediatamente encendió fuego dentro de ella. Su corazón empezó a latir con fuerza, su pulso se aceleró y abrió los labios para que él siguiera besándola.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del hombre mientras su lengua jugaba con la de ella. Llamas de deseo lo envolvieron cuando Sherry se apretó contra él y se dejó llevar por el fuego que aquel beso provocaba.

El beso podía haber durado un segundo o toda una eternidad. Sherry había perdido la noción del tiempo y del espacio.

Clint acariciaba su espalda, atrayéndola hacia él, haciendo que sus pechos se apretaran contra su torso. Y a Sherry le encantaba sentir el roce de los sólidos músculos masculinos contra la suave curva de sus pechos.

Le hubiera gustado que la abrazara para siempre, que la besara para siempre.

Hubiera deseado que él le quitara la ropa y la enseñara a hacer el amor.

Pero, en lugar de hacerlo, Clint se apartó y se puso de pie bruscamente.

—Tengo que arreglar la ventana —dijo, con voz ronca.

Sherry asintió sin decir nada. No podía hablar. Si lo hacía, estaba segura de que le rogaría que volviera a su lado, que la abrazase, que le hiciera el amor hasta el amanecer.

Cuando él salió de la casa, Sherry se levantó con las piernas temblorosas. Había perdido la cabeza durante un minuto. Esa era la

única explicación. Los dos habían perdido la cabeza.

Sus emociones, el miedo que ambos habían sentido por lo que acababa de ocurrir, por la sensación de un peligro inminente para la niña, se había convertido en algo aún más peligroso. Sherry se alegraba de que él se hubiera apartado antes de que las cosas hubieran llegado a más.

No podía permitir que algo así volviera a ocurrir, pensaba, volviéndose hacia Kathryn, que seguía jugando alegremente con las llaves.

Podría sobrevivir a la pérdida de Kathryn, sabía que llegaría un momento en el que la niña dejaría de ser parte de su vida.

Pero no estaba segura de si podría sobrevivir a una ruptura con Clint si se engañaba pensando que había futuro para ellos. Ella sabía que no era así.

Clint estaba buscando martillos y clavos entre las cosas que tenía acumuladas en el garaje, intentando recordar dónde los había puesto. Había encontrado un pedazo de contrachapado que serviría para cubrir la ventana hasta que pudiera comprar una mosquitera nueva. Pero aquella vez la sujetaría con barras de hierro.

Clint encontró el martillo y una taza llena de clavos y fue a la parte trasera de la casa.

Cuando volvió a ver la mosquitera arrancada, se le heló la sangre en las venas.

Le parecía increíble que alguien hubiera intentado entrar en su casa, en casa del comisario de Armordale. Quien fuera, debía creer que tenía una buena razón para hacerlo.

Kathryn. Parecía razonable creer que habían intentado llevarse a la niña. La nota que había encontrado en la mamita de Kathryn hablaba de un peligro. ¿Qué clase de peligro? Nada de todo aquello tenía sentido.

Clint colocó el contrachapado y empezó a clavarlo a la pared. Esperaba que su amigo Stan pudiera localizar a Candy. Todo aquello sonaba a manipulación para conseguir algo.

Candy. No tenía ni idea de por qué había empezado una relación con aquella mujer. Había sabido desde el principio que no era su tipo. Pero, durante el mes y medio que habían estado saliendo, ella había llenado el solitario silencio de su vida…

el que sufría desde su ruptura con Sherry.

Sherry. Aquel nombre explotó en su cabeza mientras recordaba el apasionado beso que habían compartido. Clint empezó a clavar los clavos con más fuerza de la necesaria, esperando que derrochar energía consiguiera aplacar su deseo.

Se quedó un momento mirando la ventana, intentando averiguar qué estaba pasando, por qué alguien había intentado entrar en la casa. Pero no tenía ni idea.

Los vecinos no fueron de ninguna ayuda. En la casa de la izquierda no había nadie y los residentes de la casa de la derecha eran una pareja de ancianos que no habían visto nada sospechoso.

Por fin, cuando sintió que sus emociones estaban bajo control, volvió a entrar en la casa. Sherry estaba en la cocina preparando café.

—Qué bien —dijo Clint, sentándose frente a la mesa. Kathryn le sonrió y el corazón de Clint se hinchó de amor por la niña. Quienquiera que estuviera intentando arrebatársela, tendría que vérselas con él.

No tenía duda de que Kathryn era hija suya.

Tenía que ser su hija. No podría quererla con tanta intensidad si no lo fuera. Era como si su corazón la reconociera como algo suyo.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Sherry, sentándose a su lado.

Clint se sentía agradecido de no ver nada en sus ojos, excepto preocupación. Ni el deseo, ni la pasión que habían compartido unos minutos antes.

—No puedo hacer mucho —dijo él, tomando un sorbo de café—. Tú no viste a nadie, ¿verdad?

Sherry negó con la cabeza.

—No. Me imagino que saldría corriendo al oírme —contestó ella— ¿Crees que Candy está detrás de esto?

—No lo sé. Debía de estar loco cuando empecé a salir con ella.

—No se puede controlar de quién se enamora uno —dijo Sherry.

Clint intentó disimular una carcajada.

—¿Enamorarme? Yo no estaba enamorado de Candy. Ni siquiera me gustaba demasiado.

—Pero entonces… —empezó a decir Sherry, mirando a Kathryn.

—¿Por qué me acosté con ella a pesar de no estar enamorado? —terminó él la frase. Sherry asintió, intentando disimular su turbación.

Porque quería olvidarte, le hubiera gustado decir. Porque, durante tres años, esperé que cambiases de opinión, esperé que volvieras a amarme, y cuando me di cuenta de que eso no iba a ocurrir, intenté desesperadamente volver a vivir.

Todas esas respuestas bailaban en su mente, pero sabía que no podía decirlas en voz alta.

—Es posible disfrutar del placer físico sin involucrar el corazón, Sherry —

contestó, tomando un sorbo de café.

—¿Pero por qué haría ella algo así? —preguntó Sherry— ¿Por qué

iba a dejar a la niña en tu casa y después intentar secuestrarla?

—¿Quién sabe? Quizá está intentando vengarse de mí.

—¿Por qué?

—Por acostarme con ella y ser incapaz de comprometerme, quizá —sonrió Clint amargamente antes de levantarse, incómodo con la conversación. No se encontraba a

gusto hablando con Sherry de otra mujer—. No lo sé, Sherry. Candy le puso un laxante al café de su jefe porque se había negado a darle un aumento y lo mandó al hospital. ¿Quién sabe qué clase de cosas pasan por su mente?

Sherry lo miró, sorprendida.

—¿Le puso laxante al café de su jefe?

—Sí. La noche que me lo contó fue la última vez que nos vimos. No volví a llamarla desde entonces —suspiró, apoyándose en la nevera —. Candy no es una buena persona y es posible que todo esto le parezca muy divertido.

—No puedo imaginar que una madre encuentre esto divertido —dijo Sherry—.

¿Has hablado con Stan?

—Esta mañana. Espero que pronto tengamos una respuesta.

Sherry se inclinó para acariciar la barriguita de Kathryn.

—No te preocupes, cariño. No vamos a dejar que te pase nada malo.

La sonrisa femenina le recordaba el sabor de sus labios, el dulce sabor a deseo…

Clint tuvo que darse la vuelta para que su pasión no se desatara de nuevo. Se sirvió otra taza de café, intentando controlar sus emociones y respiró profundamente antes de volverse de nuevo.

—Una cosa es segura. Tenemos que vigilar hasta que sepamos qué está pasando. Uno de los dos tiene que estar con Kathryn todo el tiempo. No podemos dejarla sola ni un segundo.

Sherry asintió.

—Me aseguraré de que todas las puertas y ventanas están cerradas cuando tú no estés en casa.

—Mañana es mi día libre. Quizá debería instalar un sistema de alarma —

murmuró él.

Antes de que pudiera decir nada más, sonó el teléfono.

—Jefe, ¿está todo bien? —escuchó la voz de Andy—. Etta Mae me ha dicho que has salido de la comisaría como alma que lleva el diablo.

—Alguien ha intentado entrar en mi casa, pero no ha pasado nada —explicó Clint.

—¿Qué? ¿Quieres que vaya a tomar huellas? —preguntó su ayudante, con el tono de alguien aburrido que, por fin, encuentra un crimen que investigar.

—Ya he tapado la ventana. Pero, si quieres venir a echar un vistazo, puede que encuentres algo que se me ha pasado a mí —dijo Clint, para no desilusionar a su entusiasmado ayudante—. Andy va a venir a investigar —le dijo a Sherry cuando colgó el teléfono.

—¿Crees que encontrará algo?

—No, pero estaba tan emocionado que me ha dado pena decirle que no —

sonrió Clint.

Sherry sonrió también, una sonrisa amplia y generosa que lo calentó por dentro.

—Eres una buena persona, Clint Graham —murmuró. Sus ojos verdes tenían una suavidad que era como un tormento… como un bosque que lo llamaba.

—Cuando encuentre al responsable de esto, no seré tan buena persona —

replicó él, furioso—. Voy a esperar a Andy fuera.

Necesitaba escapar de la proximidad de Sherry y de sus tentadores ojos verdes.

Una hora después, Clint se despedía de un decepcionado Andy. Como imaginaba, no había encontrado ninguna evidencia.

La oscuridad se cernía sobre la ciudad y las nubes cubrían el último sol de la tarde. Cuando las luces del coche de Andy desaparecieron al final de la calle, Clint se apoyó en la puerta del garaje.

Era de noche y Sherry se pondría aquel camisón… aquella cosa de seda con escote. Clint sintió que su cuerpo respondía ante aquella evocadora imagen.

Se metería en una cama bajo su techo, pero no entre sus brazos.

Clint se pasó la mano por el pelo, pensativo. Con un simple beso, su relación con Sherry de repente se había complicado.

¿A quién estaba intentando engañar?

No había habido nada simple en aquel beso. Lo había consumido, había encendido un fuego en su interior que nunca antes había sentido.

Había sido un tremendo error. Y lo que más lo molestaba era cuánto deseaba repetirlo.

Capítulo 6

Clint estaba hablando por teléfono cuando Sherry entró en la cocina a la mañana siguiente.

Los vaqueros se ajustaban a sus largas piernas como si fueran una segunda piel, marcando su apretado trasero, y la camisa azul de manga corta dejaba al descubierto los fuertes bíceps. Una imagen de la que ella debería apartarse.

Sherry se sirvió un café, lanzó un beso a la sonriente Kathryn y después salió de la cocina para que Clint pudiera hablar con tranquilidad.

En el salón, se quedó mirando el brillante sol de la mañana mientras tomaba el café, sus pensamientos devolviéndola a los sucesos del día anterior.

Había sido un día de emociones fuertes, pensaba; primero el drama del intento de allanamiento, después la alegría y la consiguiente desesperación por el beso de Clint.

Sherry se tocó los labios, el recuerdo de aquel beso aún quemándola, como si la boca de Clint hubiera dejado una marca indeleble.

Creía haber olvidado el placer que le proporcionaban los besos del hombre.

Había creído olvidar lo rápidamente que aquellos besos despertaban en ella un deseo que solo había sentido por Clint.

Pero había sido como si el tiempo no hubiera pasado.

—No te engañes a ti misma —murmuró, sentándose en el sofá.

El beso de Clint tenía el calor del reencuentro, pero Sherry no podía olvidar que nunca podría ser la mujer que Clint se merecía. El reencuentro sería, como mucho, temporal.

La noche anterior, después del beso, se habían sentado a ver la televisión en silencio. Sherry estaba en el suelo con Kathryn, mientras Clint estaba en el sofá. Pero, a pesar de la distancia física entre ellos, Sherry no podía distanciarse mentalmente del hombre.

Habían visto juntos las noticias y Sherry había intentado prestar atención al juicio que se celebraba en Kansas contra un traficante de drogas.

Después, se había marchado a la cama y, para su sorpresa, había dormido profundamente, sin sueños.

Se había levantado descansada, sintiendo que podía enfrentarse con Clint sin hacer ninguna tontería.

Pero el beso lo había alterado todo, había destruido la camaradería que solían disfrutar. Se sentía demasiado atraída hacia él, demasiado consciente del deseo que sentía.

Por primera vez en su vida, Sherry maldijo su virginidad, deseando ser la clase de mujer que podía separar cuerpo y corazón. Deseaba poder irse a la cama con él, sin sentir remordimientos al día siguiente. Pero no podía hacerlo.

Cuando por fin se entregara completamente a un hombre, le entregaría su corazón y su alma. Quería que fuera una entrega para siempre, no solo un placer temporal.

Sherry oyó que colgaba el teléfono y un minuto después, él entraba en el salón con Kathryn en brazos.

—¿Te apetece venir a dar una vuelta con nosotros?

—¿Dónde? —preguntó ella.

—Stan ha conseguido la nueva dirección de Candy en Kansas y he pensado ir a verla.

—¿No deberías llamarla primero? —preguntó Sherry.

Clint negó con la cabeza.

—Hoy es sábado y debería estar en casa. Además, no quiero advertirla ni enfrentarme con ella por teléfono, quiero hacerlo en persona —dijo él—. Si nos vamos ahora, podemos desayunar por el camino. Supongo que alguien sabrá hacer desayunos tan buenos como los tuyos.

—Yo nunca te he hecho el desayuno —dijo Sherry.

—Por eso —rio él.

Sherry rio también, rezando para que su relación volviera a ser tan amistosa como lo había sido siempre. Aparentemente, Clint se había olvidado del beso y ella pensaba hacer lo mismo.

—Voy por la bolsa de los pañales.

—Muy bien. Yo voy a colocar a la niña en el coche. Date prisa.

Sherry tomó su bolso de la habitación, parándose un momento para mirarse en el espejo. Se pasó un peine por el pelo corto y después tomó una barra de labios.

¿Qué estaba haciendo?, se preguntaba. ¿Por qué se estaba pintando los labios?

¿Para quién se los estaba pintando?

Besar a Clint la noche anterior había sido un error y no pensaba repetirlo.

Decidida, guardó la barra de labios en el bolso y salió de la habitación.

Unos minutos después entraba en el coche con la bolsa de los pañales. Clint estaba frente al volante y Kathryn en el asiento de atrás, en su silla.

Clint parecía un poco tenso y miraba a menudo por el retrovisor.

—¿Pasa algo? —preguntó, preocupada, cuando él cambió de carril

por cuarta vez.

—No. Solo estoy siendo precavido.

Clint cambió de carril varias veces más, sin dejar de mirar por el retrovisor y, unos minutos después, pareció relajarse.

—No hay nada más hermoso que la primavera en Kansas — murmuró Sherry.

—Y el otoño.

—Es verdad, el otoño también es precioso. Me encanta el olor a hojas secas.

—Y las noches frescas, estupendas para acurrucarse con alguien — sonrió Clint, mirándola fugazmente—. Sí, el otoño es estupendo.

Sherry podía imaginarse en la cama con Clint, bajo el edredón azul marino de su cama, acurrucada contra el cuerpo masculino.

Pero se aclaró la garganta y apartó aquellos pensamientos de su mente.

—¿Sabes una cosa? Anoche, cuando estabas investigando con Andy llamé a Walt y me despedí del bar.

Clint volvió la cabeza hacia ella, sorprendido.

—¿En serio? ¿Qué vas a hacer? ¿Volver a tu trabajo de profesora?

—No lo sé… es posible. Para ser sincera, no estoy segura de lo que voy a hacer.

Pero me he dado cuenta de que es hora de cambiar —dijo ella, mirando por la ventanilla. En los días que llevaba con Kathryn, la niña le había enseñado una valiosa lección; que podía pasar tiempo con niños, amar a los niños y no sentirse torturada por su infertilidad—. Tengo un poco de dinero ahorrado, así que puedo tomarme unos meses de vacaciones antes de tomar una decisión.

—Me alegro mucho, Sherry. Nunca entendí por qué habías dejado el colegio.

Ella asintió, sin dejar de mirar por la ventanilla. No, él nunca lo había entendido. Nadie había entendido la profundidad de su dolor al descubrir que nunca podría tener hijos.

Su madre había llorado con ella y, después le había aconsejado que olvidara y siguiera adelante con su vida.

Clint había dicho lo que ella esperaba que dijera; que no importaba, que la amaba de todas maneras. Pero Sherry había visto el brillo de decepción en sus ojos.

No había roto su compromiso con él inmediatamente. Había esperado un mes.

un mes terrible, y después le había dicho que sus sentimientos por él habían cambiado, que ya no lo amaba.

No había querido su compasión, no había querido que el supiera

que era su infertilidad lo que había destruido todos sus planes.

—Te has quedado muy callada —dijo Clint, interrumpiendo sus pensamientos.

—Estaba pensando.

—¿En qué?

—Nada importante —sonrió ella.

Clint bajó su ventanilla un poco, para dejar que la brisa refrescara el interior del coche.

—Esta época del año siempre me recuerda el día que nos conocimos.

—Tú eras el nuevo y joven comisario de Armordale —sonrió ella, recordando

—. Y yo acababa de salir de la universidad.

—Yo no estaba seguro de si podría acostumbrarme a una pequeña ciudad como Armordale después de vivir en Kansas, pero en cuanto te vi, supe que me acostumbraría enseguida —sonrió Clint—. Estabas tan llena de energía, de humor…

—Y tú, pavoneándote por todo Armordale con tu uniforme, mirando a todo el mundo como si fuera un criminal en potencia —bromeó ella.

—Yo no hacía eso —protestó Clint.

—Claro que sí. Las mujeres de Armordale estaban locas por ti y los hombres querían darte una paliza.

—Ahora que lo dices, recuerdo que tuve varios conatos de pelea el primer año

—dijo Clint, pensativo—. Supongo que parecería un poco arrogante al principio, pero en realidad estaba a la defensiva.

—¿A la defensiva? —repitió ella, sorprendida. Desde el día que se conocieron, Clint siempre le había parecido muy seguro de sí mismo.

—Solo tenía veintitrés años y acababa de salir de la academia. Era muy joven y tenía que probar a todo el mundo, pero sobre todo a mí mismo, que podía hacer el trabajo.

—Tus padres murieron poco antes de que te graduaras en la academia,

¿verdad? —preguntó ella suavemente. En todos aquellos años, Clint no había hablado mucho sobre sus padres; solo le había contado que habían muerto en un accidente de tráfico.

—Sí. Un mes antes —contestó él. Sherry se dio cuenta de que Clint apretaba el volante con fuerza y su expresión le decía que aquel no era un tema del que quisiera hablar. Se preguntaba si su reticencia a hablar sobre sus padres era debida al dolor que había sentido por su muerte o porque las relaciones entre ellos no habían sido buenas. Lo

único que sabía era que él apenas los mencionaba—. ¿Te apetece desayunar? —preguntó él, señalando una salida de la autopista.

—Sí. Estoy muerta de hambre.

Unos minutos después, Clint y Sherry estaban sentados frente a una mesa en una cafetería de carretera y Kathryn golpeaba su sillita con una cuchara.

—Es una niña estupenda —dijo Sherry. La habían despertado para sacarla del coche, pero en lugar de ponerse a llorar, Kathryn había sonreído de oreja a oreja.

—Es igual que su padre —dijo Clint, guiñándole un ojo a la niña.

Sherry se preguntaba qué pasaría si Clint descubriera que Kathryn no era hija suya. Tenía el presentimiento de que se le rompería el corazón. Había aceptado a Kathryn como su hija inmediatamente y no parecía tener la más mínima duda al respecto.

La camarera les dio un menú y después se dedicó a hacerle caricias a Kathryn.

—Es difícil decir a quien se parece más —dijo la mujer—. Tiene los ojos de su padre, pero creo que la nariz es de su madre. Es preciosa.

—Gracias —dijo Clint, antes de que Sherry pudiera explicar que ella no era su madre. Pidieron el desayuno y la camarera desapareció en la cocina—. Debemos parecer una respetable familia —sonrió Clint entonces—. Es curioso, ¿verdad?

Una familia respetable, una familia unida. Una ilusión, Sherry tenía que recordarse a sí misma mientras disfrutaban del desayuno. Hicieron turnos para darle de comer a Kathryn, riendo cuando algo le gustaba y riendo más cuando la niña escupía lo que no le gustaba.

Podría haber sido así, pensaba Sherry con amargura. Debería haber sido así.

Clint y ella deberían estar casados, con un hijo de los dos. Era lo que ella había soñado, lo que había anhelado… pero el cruel destino le había arrebatado sus sueños.

Sherry intentó apartar de sí aquellos pensamientos negativos. Había tomado una decisión cinco años atrás. Clint tenía que ser libre para hacer realidad los sueños que una vez habían compartido.

No había forma de volver atrás… ella nunca tendría hijos y después de ver a Clint con Kathryn, nunca le pediría que sacrificara la alegría de la paternidad.

No, Clint y ella nunca compartirían sus vidas, pero eso no significaba que no hubiera otras opciones para ella. Había tenido una idea, un nebuloso susurro de esperanza.

Terminaron el desayuno y pidieron una segunda taza de café, como si ninguno de los dos quisiera volver a la carretera. Los dos

sabían que el viaje podía terminar con Kathryn reuniéndose con su madre.

Su conversación iba desde las broncas entre Walt y Betty, hasta el loco amor que Andy sentía por Ramona Baker, la mujer que recientemente se había instalado en la ciudad.

Cuando se hizo el silencio, Sherry decidió contarle a Clint lo que había estado pensando.

—Cuando todo esto de Kathryn termine, voy a adoptar un hijo, Clint. Creo que ahora también pueden hacerlo las mujeres solteras.

Clint apartó la mirada.

—Yo nunca he creído demasiado en la adopción. Preferiría no tener hijos a adoptarlos. Pero tú debes hacer lo que creas conveniente.

Clint acababa de hacer lo mismo que había hecho años atrás, cuando discutieron teóricamente sobre el asunto de la adopción.

La discusión había tenido lugar antes de que Sherry descubriera que no podría tener hijos. Le había dicho a Clint que le gustaría tener dos y adoptar otros dos, pero él le había dicho entonces que no era partidario de la adopción.

Cuando Clint se levantó para pagar la cuenta, Sherry lo miró y, en ese momento, se dio cuenta de por qué había sacado el tema.

Había sido un último intento por saber si había alguna remota esperanza de futuro para ellos. Sherry sintió un extraño dolor en el corazón… un dolor que creía desaparecido mucho tiempo atrás.

Amaba a Clint. Se dio cuenta con sorprendente claridad. Nunca había dejado de amarlo. A pesar de que había intentado enterrar aquel sentimiento, había seguido en su corazón durante todos aquellos años.

Mientras apretaba a Kathryn contra su pecho, tuvo que reconocerlo, y se sorprendió de que, después de tantos años, le siguiera doliendo. Era la confirmación de que Clint y ella nunca podrían compartir su vida.

Capítulo 7

Cuando estaban llegando a la ciudad de Kansas, Clint sentía que los nervios le agarrotaban el estómago.

Sherry se había quedado silenciosa desde que salieron de la cafetería, como si estuviera perdida en sus pensamientos.

El olor de su colonia llenaba el coche y… su cabeza.

Era una pena que nunca pudiera tener hijos. Sería una madre maravillosa. Tenía el don de la alegría y mucho amor para compartir… pero no con él, se recordó a sí mismo.

Su anuncio de que pensaba adoptar un niño había sido una necesaria bofetada, para recordarle que en el asunto de hijos y familia, Sherry y él estaban a un mundo de distancia.

Ella sabía lo que él pensaba sobre la adopción. Había sido el tema de una de sus más acaloradas discusiones. Sherry sabía lo que él pensaba y su decisión de adoptar un niño servía para recordarle que no lo quería en su vida.

Lo quería como amigo, y eso era todo. Clint apretó las manos sobre el volante.

Pero, ¿una amiga podía ofrecer un beso tan cálido, tan lleno de pasión?

Clint la miró de reojo. Con vaqueros y una camiseta de rayas, la luz del sol iluminando su cabello dorado… parecía tan dulce, tan invitadora.

Pero cuando se volvió hacia él, Clint vio un brillo de tristeza en sus ojos.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Me parece que he comido demasiado —sonrió ella, pero la sonrisa carecía de alegría—. Me duele un poco el estómago.

—¿El estómago o… el corazón?

Sherry lo miró de nuevo.

—¿Por qué dices eso?

Clint se encogió de hombros, mientras ponía el intermitente para indicar que tomaba la salida de la autopista.

—Sé que solo han sido unos días, pero me he dado cuenta de que Kathryn te ha robado el corazón. Supongo que sabrás que es posible que tengamos que devolvérsela a su madre.

Sherry se volvió para mirar a la alegre niña que balbuceaba en el asiento trasero.

—Sí, me ha robado el corazón —suspiró—. Y a ti también.

—Más que eso —asintió él—. Sueño con ella, hago planes para su futuro…

Clint no podía terminar la frase. La emoción lo embargaba.

Sherry tocó su hombro para consolarlo.

—Si eres su padre, es la niña más afortunada del mundo.

Si era su padre. Aquella frase contenía todas las posibilidades y todos los imposibles. Pero Clint ni siquiera quería considerar la posibilidad de que la niña no fuera hija suya.

Sherry no podría tener hijos y no podía entender la profundidad del amor que sentía por Kathryn, pensaba. Y eso le rompía el corazón por ella. Adoptar un niño no sería lo mismo, nunca podría ser lo mismo que tener un hijo con tus mismos genes, un hijo que era parte de ti.

—Si Candy es su madre, voy a tener una larga charla con ella antes de devolverle a Kathryn —dijo Clint, más para sí mismo que para Sherry—. Tengo que asegurarme de que nunca vuelva a hacer lo que ha hecho —añadió—. El apartamento debe de estar por aquí —indicó, sacando un papel del bolsillo y dándoselo a Sherry.

—Creo que es ese —dijo Sherry, unos minutos después, señalando un bloque de apartamentos.

Clint aparcó el coche frente a la casa y se quedó mirando hacia la puerta.

En los siguientes minutos, sabría si Kathryn era hija suya o no y su vida podría cambiar para siempre. Su mente se llenó de imágenes de visitas semanales, paseos por el parque, besos pegajosos y trajes de ballet.

Respirando profundamente, abrió la puerta del coche y Sherry hizo lo mismo.

Mientras ella tomaba la bolsa de los pañales, él desabrochaba el cinturón de la silla para tomar a Kathryn en brazos.

La niña olía a polvos de talco y a inocencia y una ola de amor lo llenó por dentro.

—Vamos allá —murmuró. Sherry asintió y juntos entraron en el edificio—.

Espero que esté en casa.

—¿Qué piso? —preguntó Sherry, cuando entraban en el ascensor.

—El sexto. Apartamento 603.

Sherry pulsó el botón y subieron en silencio. Incluso Kathryn estaba callada, como si sintiera que iba a pasar algo.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, se encontraron frente al apartamento 603.

Estaban frente a la puerta que podía ofrecerle todas las respuestas que buscaba.

Clint no dudó un segundo y, con decisión, llamó al timbre.

Cuando miró a Sherry, ella le devolvió una mirada llena de

amistad. Pero también vio el dolor de una mujer que había empezado a amar a una niña y que podría tener que verse privada de ella.

Se dio cuenta de que, durante los últimos días, Sherry y ella habían vivido una fantasía… compartiendo la paternidad de Kathryn. Y también se dio cuenta de que dejar a Kathryn con su madre sería tan duro para ella como para él.

Clint volvió a llamar al timbre, aquella vez con rabia.

—Un momento —oyeron una voz femenina al otro lado de la puerta. Unos segundos después escucharon el sonido de una cadena y la puerta se abrió.

Candy tenía el mismo aspecto que Clint recordaba. El pelo rubio platino, perfectamente peinado, los ojos azules maquillados exageradamente.

—¡Clint! ¿Qué estás haciendo aquí? —exclamó ella, mirando de uno a otro— ¿Y

esa niña tan mona? ¿Es tu hija?

Clint sintió como si le hubieran disparado en el corazón.

—La verdad es que pensábamos que era tuya.

Candy lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Mía? ¿Y por qué pensabas que era mía?

—La dejaron en mi puerta hace unos días con una nota que implicaba que yo era su padre —explicó él, incómodo. Se sentía vacío, sin vida—. Su concepción habría ocurrido… bueno, cuando yo estaba saliendo contigo y pensé…

—Por favor. Ni lo nombres. Los niños son particularmente fastidiosos y nunca se me habría ocurrido tener uno —rio la mujer—. Será mejor que mires en tu agenda, querido… para ver con qué otra chica estabas saliendo en aquella época.

Clint la creía. No podía imaginarse a Candy teniendo un hijo. Un hijo necesitaba amor y cuidados y ella estaba demasiado ocupada amándose a sí misma como para preocuparse por otra persona.

—Siento haberte molestado —dijo, volviéndose hacia el ascensor.

—¿Clint?

Clint se volvió.

—Si alguna vez quieres volver a salir, llámame.

—Gracias, Candy, pero me parece que paso —replicó él. Candy cerró la puerta de un portazo—. No puedo creer que yo haya salido con esa mujer —dijo Clint, mientras entraban en el ascensor—. Debía de estar loco —añadió, furioso. No quería pensar en lo que era realmente importante; que la niña que tenía en sus brazos no era su hija, sino la hija de un extraña. Una niña abandonada.

—Eras mayorcito y nadie te puso una pistola en la frente —dijo

Sherry.

No volvieron a hablar mientras salían del edificio. Clint colocó a la niña en el asiento del coche, con el corazón encogido.

No era su hija. La niña que le había robado el corazón, la niña que se le había metido en el alma, no era hija suya. No habría visitas semanales, ni besos pegajosos ni regalos el Día del Padre.

Cuando arrancaba, miró a Sherry. Sabía que su pérdida hubiera sido menos dolorosa si ella lo amase. Si el corazón de Sherry fuera suyo, el espacio vacío que había quedado en su corazón al saber que Kathryn no era hija suya habría estado menos vacío.

Pero no era así. Nunca en su vida se había sentido tan solo.

Clint conducía en silencio. Sherry intentaba encontrar palabras para consolarlo, pero cada vez que lo miraba, la tristeza que había en su rostro la dejaba sin palabras.

Él siempre había sido un hombre muy discreto. Aunque generoso, Sherry había aprendido tiempo atrás que Clint mantenía sus emociones escondidas, compartiendo sus sentimientos solo en contadas ocasiones.

Un año antes, el mejor amigo de Clint había muerto en un accidente de tráfico y Sherry había acudido con él al funeral. Había visto el dolor en sus ojos, pero Clint se había negado a hablar de ello.

Lo mismo que ocurría en aquel momento. Sherry se daba cuenta de que él se había cerrado y le dolía porque habría deseado consolarlo.

Debía de ser horrible pensar que uno tenía un hijo, dejar que llenara tus sueños y descubrir más tarde que no era hijo tuyo.

El dolor de Clint era peor que el que ella experimentaba. Sherry había sabido que no podría tener hijos y no había tenido esperanzas después de eso, ninguna posibilidad de soñar con ello.

Sherry esperó casi hasta que habían llegado a Armordale para romper el silencio.

—¿Qué vas a hacer con Kathryn, Clint?

—Supongo que tendré que llamar al Departamento de Servicios Sociales —

contestó él.

—No te atreverás —dijo Sherry—. No voy a dejar que lo hagas.

—Pero tú me has dicho que solo me ayudarías durante unos días.

—Pues mentí —dijo ella, poniéndole una mano sobre el hombro—. Clint, que hayas descubierto que no es hija tuya no significa que tengas que abandonarla.

—Yo no quiero abandonarla —replicó el—. ¿Pero cuánto tiempo podremos mantener esta situación? ¿Cuánto tiempo estás dispuesta a dejarlo todo para cuidar de ella?

—El tiempo que haga falta —contestó Sherry, mirando a la niña—. El tiempo que Kathryn me necesite. Además, la nota decía que la madre volvería como máximo en dos semanas. Supongo que soportarás tenerme en tu casa unos días más —sonrió.

Ningún brillo de humor brilló en los ojos de Clint.

Sherry volvió a quedar en silencio, sintiendo que su corazón se partía por él.

Pero quizá el encuentro con Kathryn habría abierto su corazón y estaría dispuesto a casarse y formar una familia.

De nuevo, volvió a sentir un dolor que apretaba su corazón; aquella vez no un reflejo del dolor del hombre, sino suyo propio. Era la angustia de su amor por él, un amor que para siempre quedaría encerrado en su corazón donde no podría florecer y nunca podría ser compartido.

Sabía que amaría a Clint para siempre. Y él terminaría compartiendo su vida con alguna mujer afortunada, teniendo hijos y haciendo realidad sus sueños sin ella.

Las lágrimas quemaban en sus ojos y Sherry apartó la mirada. Lo había dicho en serio. Seguiría en su casa durante el tiempo que fuera necesario.

Pero cuando la madre de Kathryn volviera para reclamarla, cuando Kathryn no formara parte de sus vidas, Sherry sabía que uno de los cambios que tendría que hacer sería dejar de ver a Clint. Con un amor tan fuerte, tan vivo dentro de ella, sabía que era una decisión difícil. Tenía que olvidar su amistad con él porque sabía que no podían seguir siendo amigos.

—Tengo que confesarte una cosa —dijo Clint cuando paraba frente a la casa.

Sherry se tragó las lágrimas y lo miró, sorprendida.

—¿Una confesión?

—La verdad es que no he hecho todo lo posible para saber quién es Kathryn.

Estaba tan seguro de que era hija de Candy que no he buscado otras respuestas —

explicó él.

—¿Y en qué estás pensando?

—Quizá debería llamar al hospital para comprobar cuántas niñas nacieron en un período de cinco a siete meses y quiénes son sus padres. Es lógico pensar que la madre de Kathryn sea de Armordale.

—¿Por qué?

—Creo que la madre sabía que soy el comisario y dejó a Kathryn en mi puerta porque pensaba que yo podría protegerla de quien está

persiguiéndola —explicó él,

pensativo—. Es posible que estemos tratando con un caso de custodia. Quizá fue el padre de Kathryn quien intentó entrar en la casa para llevársela.

—Eso parece lógico —asintió Sherry.

—Creo que voy a hacer algunas llamadas —murmuró Clint, saliendo del coche.

Kathryn se despertó cuando él desabrochaba el cinturón de la sillita y su cara se iluminó con una preciosa sonrisa desdentada.

Sherry vio el gesto de dolor en la cara de Clint y se preguntó cómo podría sobrevivir a la pérdida de aquella niña.

La tarde fue sombría. Clint pasó el resto del día al teléfono mientras Sherry intentaba calmar a una Kathryn inusualmente enfadada.

Por fin, se sentó en el suelo del salón e intentó jugar con ella para distraerla, pero Kathryn no tenía ganas de jugar. Apartaba los juguetes que ella le ponía delante, con los labios temblorosos, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

Sherry miró a Clint cuando este entró en el salón, con un papel en la mano.

—He hablado con el hospital y tengo los nombres de todas las mujeres que dieron a luz una niña hace siete, seis y cinco meses —dijo, sentándose en el sofá.

Kathryn empezó a llorar entonces—. ¿Qué le pasa?

—No lo sé —dijo Sherry, tomando a la niña en brazos—. Lleva toda la tarde lloriqueando, como si estuviera enfadada por algo.

Clint alargó los brazos.

—Dámela —dijo suavemente. La niña dejó de llorar y se abrazó a él como si eso fuera lo que había querido desde el principio—. De verdad creía que era mi hija —

murmuró, intentando disimular la emoción.

Sherry se sentó a su lado.

—Lo sé —murmuró, deseando poder hacer algo para mitigar su dolor, tan similar al que ella misma había sentido durante los últimos cinco años.

Él rodeó sus hombros con un brazo y la apretó contra él. No había nada siquiera vagamente erótico en el abrazo, nada del fuego y el deseo que había habido entre ellos cuando se habían besado. Eran amigos, compartiendo silenciosamente la emoción, ofreciéndose consuelo el uno al otro.

Kathryn se quedó dormida sobre el pecho de Clint y Sherry, con los ojos cerrados, se dejó abrazar por aquel cálido momento.

No quería pensar en lo que nunca podría ser, no quería pensar que cuando todo se hubiera acabado, tendría que seguir adelante con su vida, sin la amistad de Clint para confortarla.

—¿Quieres que salgamos a dar un paseo con el coche? —la voz del hombre interrumpió sus pensamientos.

—¿Dónde vamos?

—A comprobar los nombres de mi lista. Quiero asegurarme de que todas estas niñas están con sus padres.

—Muy bien —dijo ella.

Una vez dentro del coche. Sherry leyó el primer nombre en voz alta.

—Betty Miller.

—Puedes tacharla —dijo él—. La vi ayer paseando con su hija por la calle.

Sherry tachó el nombre con un bolígrafo.

—Rita Clemmons. ¿No es la mujer del reverendo Clemmons?

—Sí.

—No creo que ellos hayan abandonado a su hija.

—Puede que no. Pero es mejor comprobarlo.

Cualquier traza de la emoción que había demostrado antes había desaparecido.

Era como si hubiera conseguido arrancar de sí cualquier sentimiento. Una ola de envidia la invadió. Ojalá pudiera ella hacer lo mismo, pensaba. No solo olvidar el dolor de amar a Kathryn, sino la angustia del amor que sentía por Clint.

La cuestión sobre si los Clemmons tenían a su hija con ellos fue comprobada rápidamente. Cuando pasaron por delante de la casa, la familia estaba en el jardín delantero. Rita Clemmons tenía a su hija en brazos mientras el reverendo plantaba unas flores.

Los saludaron con la mano y después Sherry miró el último nombre de la lista.

—Molly Ketchum —leyó—. No la conozco.

—Tiene dieciocho años y es la única que no está casada. Vive con sus padres.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sherry.

—Cuando llamé al hospital, hablé con Tracy Witfield —sonrió él.

Sherry soltó una carcajada.

—Entonces, no digas más.

Tracy Witfield era la cotilla oficial de Armordale. Siempre se enteraba de todo lo que pasaba en la pequeña ciudad, fuera público o privado.

—Parece que el hecho de que estés viviendo en mi casa desde hace

unos días ha levantado rumores de todo tipo —dijo Clint. Sherry hizo una mueca. No había pensado en eso—. Tracy me dijo que habían hecho una porra en la peluquería de Fred. El que acierte la fecha de nuestra boda consigue corte de pelo gratis de por vida.

—Entonces no creo que Fred tenga que preocuparse —dijo ella, aparentando que el asunto le parecía muy gracioso.

—No… supongo que no.

Clint no la había mirado, pero Sherry pensó que había oído dolor en su voz.

Dolor ¿por qué? ¿Por qué no iban a casarse? Clint no la amaba. Nunca, hasta el día anterior, había vuelto a besarla después de que ella rompiera su compromiso.

Se preguntaba si él realmente la había amado como ella quería, como ella necesitaba ser amada. Después de todo, siempre había sido Clint quien ponía fin a los besos y a las caricias. Siempre había sido Clint quien mantenía el control antes de que llegaran demasiado lejos.

Quizá él nunca la había amado tan desesperadamente como ella lo amaba.

Su amistad con él se había convertido en una especie de muleta, algo que le impedía seguir adelante con su vida. La amistad y la compañía de Clint habían llenado su soledad durante aquellos años y no había sentido la necesidad de salir con otros hombres.

Kathryn había conseguido abrir su corazón, derretir la barrera de hielo que había levantado y lo que había descubierto era que nunca había dejado de amar a Clint. Pero también sabía que era el momento de apartarse.

Llegaron a casa de los Ketchum y Clint le explicó la situación a la madre de Molly. La mujer llamó a su hija y la chica salió de su habitación con una niña morena de aproximadamente el mismo tiempo que Kathryn.

Clint les dio las gracias y de nuevo Sherry y él volvieron al coche.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella.

Clint se encogió de hombros.

—Supongo que seguir cuidando de Kathryn y esperar a ver qué pasa.

Durante los días siguientes volvieron a la rutina que habían establecido. Clint iba a trabajar todos los días mientras Sherry cuidaba de Kathryn y por las tardes compartían las tareas y las responsabilidades con la niña. Pero había un cambio.

Sherry intentaba mantener entre Clint y ella una distancia física y emocional.

Nunca lo había amado más que cuando tomaba a la pequeña en

sus brazos o cuando le ponía caras para hacerla reír. El amor que la inundaba entonces solo confirmaba su decisión de apartarse completamente de su vida.

En cuanto Kathryn hubiera vuelto con su madre, dejaría de ver a Clint. Le diría que estaba ocupada cuando él la llamara para tomar una pizza, le diría que tenía cosas que hacer cuando él la invitara a comer… Al final, él dejaría de llamarla y, algún día, se convertirían en conocidos que, una vez, habían compartido un pasado.

Pero aún sabiendo aquello, no podía evitar sentir mariposas en el estómago cada vez que lo miraba. Si él no fuera tan guapo, si sus preciosos ojos azules, sus anchos hombros, sus fuertes brazos no la turbaran tanto… si él no hiciera que le diera vueltas la cabeza y su cuerpo temblara cada vez que lo miraba.

Se había enfadado con él cuando le había pedido que lo ayudara, temiendo no poder soportar el dolor de cuidar de una niña, de amar a una niña sabiendo que nunca sería suya. Sherry no había considerado que la verdadera tortura sería estar con Clint, amarlo y saber que él nunca sería suyo.

Era miércoles por la tarde y, como solían hacer, estaban en el salón. Clint había llevado una caja de bloques de madera y se sentó en el suelo para construir una torre.

Kathryn lo miraba asombrada, sin intentar siquiera tocar los bloques, esperando… Y cuando la torre se cayó, sus risas llenaron la habitación, mezclándose con las roncas carcajadas del hombre.

Sherry se preguntaba si sería posible amar a Clint más de lo que lo amaba entonces. Su amor por él trascendía cualquier sentimiento que hubiera experimentado hasta el momento. No conocía límites, estaba allí dentro de su corazón… llenándola de alegría y de dolor.

Era fácil para ella imaginar una vida llena de noches como aquella, observando a Clint y a Kathryn juntos; noches en las que ella arroparía a la niña y le cantaría nanas, noches en las que Clint y ella se irían a la cama juntos.

Quizá la madre de Kathryn nunca volvería a buscar a su hija, pensaba. Entonces Clint y ella podrían adoptarla, criarla como si fuera suya.

Era una fantasía estúpida. Si la madre de Kathryn no aparecía, tendrían que llamar al Departamento de Servicios Sociales. Clint había dicho que nunca adoptaría un niño y tampoco querría adoptar a Kathryn.

Ella nunca había entendido su punto de vista sobre la adopción y nunca había conseguido que le explicara las razones para su negativa. Simplemente decía que no lo aprobaba, pero nunca le había dicho por

qué.

Pero el asunto de la adopción era una de las razones por las que Sherry sabía que nunca, jamás podrían ser una pareja.

Eran más de las ocho cuando Sherry le dio a Kathryn el último biberón. Cuando terminó, Clint llevó a la adormilada niña a la cuna.

Cuando desaparecieron, Sherry se echó hacia atrás en el sofá y encendió la televisión. La vería un rato hasta que estuviera suficientemente cansada como para irse a dormir, suficientemente cansada como para no soñar con Clint.

Estaba viendo las noticias cuando sonó el timbre de la puerta y Sherry se levantó de un salto para abrir antes de que el ruido despertase a Kathryn.

Cuando abrió la puerta se encontró frente a una joven rubia con brillantes ojos azules.

—¿Quién… es usted? —preguntó—. ¿Dónde está Dave?

—Aquí no vive ningún Dave —dijo Sherry—. Debe haberse equivocado de casa.

—No me he equivocado —dijo la joven con lágrimas en los ojos—. Oh, Dios mío, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está Kathryn? ¿Dónde está mi niña? ¿Qué han hecho con ella?

Capítulo 8

Clint había oído el timbre y abrió la puerta de su dormitorio para ver quien era.

En cuanto oyó que la mujer decía el nombre de Kathryn, supo quién era y para qué estaba en su casa.

Pero no pensaba devolverle a la niña hasta que le diera una buena explicación para su comportamiento. O le daba una poderosa razón para haber abandonado a su hija en la puerta de un extraño, o no se la devolvería sin consultar con el Departamento de Servicios Sociales.

Salió del dormitorio, dejando a Kathryn en la cuna, relativamente seguro de que estaba a salvo. La ventana seguía clavada con la plancha de madera y sería imposible que alguien entrara en la habitación sin que lo oyeran.

—Nosotros tenemos a su hija —explicaba Sherry a la llorosa mujer —. Está en la habitación.

—Gracias a Dios. ¿Está bien? —preguntó la joven, tomando a Sherry del brazo

—. Por favor, devuélvamela.

—Sherry, yo me encargaré de esto —dijo Clint entonces, indicándole a la mujer que entrara en el salón—. Siéntese.

—No quiero sentarme. Solo quiero a mi hija —protestó ella, secándose las lágrimas—. No sé qué está pasando ni donde está Dave, pero quiero a mi hija ahora mismo.

—Lo siento, pero no está usted en posición de exigir nada. Siéntese —ordenó Clint, furioso.

Para su sorpresa, la mujer y Sherry se sentaron juntas en el sofá.

La madre de Kathryn era menuda y delgada, con el pelo rubio y enormes ojos azules. Parecía muy joven y Clint se fijó en que no llevaba alianza de matrimonio.

—Soy Clint Graham, el comisario de Armordale —dijo, mostrándole su placa—.

Y me temo que la niña no va a ninguna parte a menos que pueda darme una buena explicación para lo que ha pasado. ¿Cómo se llama?

—Mandy… Amanda Jenkins —contestó la joven, con los ojos de nuevo llenos de lágrimas—. Soy de Kansas —explicó. Un sollozo recorrió su cuerpo y abrió los brazos como para mostrar lo vacía que se sentía—. Por favor, déjeme ver a mi hija.

Estos días sin ella han sido una eternidad para mí.

Antes de que Clint pudiera replicar, Sherry se levantó.

—Volveré enseguida —dijo, antes de salir del salón. Clint sabía que iba a buscar a Kathryn y si no lo hubiera hecho, lo habría hecho él. La angustia de la joven era tangible, llenaba la habitación.

Sherry tardó un minuto en volver, con la dormida niña en brazos. Sus ojos tenían el brillo de las lágrimas.

Clint sabía lo difícil que aquello debía ser para ella y se maldijo a sí mismo por haberla involucrado.

—Mi niña… —murmuró Mandy, cuando Sherry puso a la niña en sus brazos.

La mujer abrazó a Kathryn, pasando la mano por la cabecita rubia. Con lágrimas en los ojos, se aferraba a ella como si temiera que alguien volviera a arrebatársela.

—¿Quién es ese Dave por el que venía preguntando? —preguntó Clint, después de darle unos minutos para disfrutar de la niña. Sherry volvió a sentarse en el sofá, sus facciones mostrando la tortura de una mujer que acababa de perder algo precioso.

—David Freeman —contestó la joven—. Vivió en esta casa durante un tiempo.

Es el padre de Kathryn, pero dejamos de salir cuando me quedé embarazada. No estaba interesado en casarse y mucho menos en ser padre.

—No lo entiendo. ¿Y por qué dejó a la niña en su casa si sabía que él no la quería? —preguntó Sherry.

Los ojos de Mandy se oscurecieron.

—Porque no sabía qué otra cosa podía hacer —contestó ella—. Necesitaba dejarla en algún sitio donde sabía que estaría segura, donde no la encontrarían —

continuó—. Como no había puesto el nombre de Dave en el certificado de nacimiento, pensé que aquí estaría a salvo.

—¿A salvo de qué? —preguntó Clint—. ¿De quién?

La mujer suspiró pesadamente.

—Todo empezó cuando me llamaron para ser miembro de un jurado. Tenía muchos amigos que lo habían hecho antes y no parecía nada complicado. Creí que sería interesante, pero nunca se me ocurrió pensar que pondría en peligro mi vida.

—¿Su vida? —repitió Sherry, sorprendida—. ¿Qué clase de juicio era?

—Yo formaba parte del jurado que hace poco más de una hora condenó a Maxwell Boothe.

—Sí, he leído algo sobre el juicio. Es un traficante de drogas, ¿no? —preguntó Clint. Cada noche, las noticias informaban sobre el desarrollo del juicio contra el millonario que había sido acusado muchas veces por tráfico de drogas, pero nunca antes había sido condenado.

Mandy asintió.

—Es el jefe de un cartel de drogas, un chantajista y un asesino —dijo la joven, levantando la barbilla con orgullo—. Lo hemos condenado y va a estar en la cárcel durante muchos años.

—No lo entiendo. ¿Y eso que tiene que ver con la seguridad de Kathryn? —

preguntó Sherry.

Mandy se inclinó para besar la frente de su hija.

—El juez nos explicó que sería un juicio complicado y nos dijo que hiciéramos las maletas porque estaríamos recluidos en un lugar secreto —explicó ella.

Por eso no había podido cuidar de la niña, pensaba Clint.

—Sigo sin entender por qué dejó a Kathryn aquí. ¿Es que no tiene familia, alguien que pudiera cuidar de ella? —preguntó—. Dejarla en un porche era correr un riesgo enorme.

—No tengo familia y no sabía qué hacer. Cuando salía de la sala de justicia para hacer la maleta y dejar a Kathryn con su niñera, un hombre se acercó a mí y me amenazó. A mí y a mi hija —explicó ella, temblando. Kathryn se movió entonces, inquieta, como si el miedo de su madre se le hubiera traspasado—. Duérmete, cariño

—susurró la joven, pasándole un dedo por la frente. La niña volvió a quedarse dormida instantáneamente. Mandy volvió a mirar a Clint —. Me dijo al oído que tenía una niña preciosa, pero que si no dejábamos libre a Maxwell Boothe, pronto dejaría de serlo —añadió, mirando la carita rosada de su hija con los ojos llenos de lágrimas—. No sabía qué hacer. No quería arriesgar la vida de mi hija, pero tampoco quería dejarme chantajear.

—Y por eso pensó en Dave —dijo Clint.

Ella asintió.

—Metí a la niña en el coche y vine a Armordale por la noche, vigilando por si me seguían —explicó, mirándolos como rogándoles que la creyeran—. Fue lo único que se me ocurrió. Dave es inmaduro y no está preparado para tener una familia, pero es un buen chico y estaba segura de que cuidaría de ella.

—En cuanto la amenazaron, debió acudir al juez o al fiscal —dijo Clint.

—Tenía miedo de hacerlo. Sé que, en el pasado, han desaparecido algunos testigos que iban a declarar en contra de Maxwell Boothe y que, incluso, un testigo protegido por el gobierno había sido asesinado. No sabía en quien confiar y decidí confiar en mí misma.

—Yo hubiera hecho lo mismo —asintió Sherry—. Lo hubiera hecho si estuviera en juego la vida de mi hijo.

Clint iba a protestar, decirle a las dos que acudir a la policía era lo

que había que hacer, pero también sabía que a la policía se la podía comprar, igual que podía comprarse a jueces y abogados.

—En cuanto dimos el veredicto, le conté al juez lo de la amenaza. Le di una descripción del hombre y él ha enviado una orden de busca y captura —siguió Mandy.

—Supongo que sería el hombre que intentó llevarse a Kathryn —dijo Clint, pensando en voz alta.

Mandy lanzó una exclamación de horror.

—¿Alguien intentó llevarse a mi hija?

—Sí, pero estoy seguro de que la policía lo detendrá enseguida —la aseguró Clint.

Mandy asintió, aunque apretaba a la niña contra su pecho como si quisiera protegerla.

—Voy a irme de vacaciones a algún sitio hasta que todo esto haya pasado.

—Es lo mejor que puede hacer —asintió él.

—¿Entonces… entiende por qué la dejé en su puerta? ¿Puedo llevármela?

Clint mantuvo la mirada fija en la niña, sin mirar a Sherry. Sabía que se le estaba rompiendo el corazón, igual que a él.

—Puede llevársela —dijo por fin.

La joven se levantó, con lágrimas de gratitud en los ojos.

—¿Puedo pagarle… por cuidar de ella?

—No —contestó Sherry por él—. No se puede poner un precio al amor que…

Hay cosas de la niña en la habitación. Voy por ellas —añadió, saliendo del salón a toda prisa.

—No sé cómo darle las gracias —dijo Mandy—. Nunca podré pagarles lo que han hecho por Kathryn.

—Lo único que le pido es que la quiera y la cuide —dijo Clint, con un nudo en la garganta.

Mandy asintió, su cara reflejando toda la fuerza y el amor que solo una madre puede poseer.

Sherry volvió al salón con la bolsa de los pañales y una bolsa con juguetes.

—Esta es la bolsa que usted dejó y en esta otra están las cosas que Clint ha comprado para Kathryn. Le encanta el chupete con el osito y el sonajero… —Sherry dejó la bolsa en el suelo y se dio la vuelta—. Por favor… perdóneme. Lo siento —

murmuró, antes de salir corriendo.

Clint ayudó a Mandy a meter las cosas en el coche. Después colocó la silla de Kathryn en el asiento trasero y la sentó en ella como había

hecho tantas veces durante los últimos días. Antes de cerrar la puerta depositó un beso sobre su frente como despedida.

Sentía que se le encogía el corazón mientras observaba alejarse al coche. El misterio de Kathryn había sido resuelto y… la niña desaparecía de sus vidas.

Clint entró en la casa, sabiendo que tenía que ayudar a Sherry a recoger los pedazos de su corazón. La puerta de su cuarto estaba cerrada.

Iba a llamar, pero pensó que ella lo rechazaría. Sabía instintivamente que estaba sufriendo tanto como el día que el médico le había dicho que no podría tener hijos.

Entonces tampoco había querido compartir su dolor con él. Había tardado tres días en contárselo, en llorar sobre su hombro, en compartir su pena.

Clint abrió la puerta y la encontró tumbada en la cama, la habitación a oscuras.

—Sherry —la llamó suavemente.

—Vete, Clint —su voz era casi inaudible.

—No, cariño, no voy a irme. Yo soy en parte responsable por lo que estás sufriendo y lo menos que puedo hacer es ayudarte —dijo Clint, sentándose en la cama. Sherry iba a protestar, pero él no le dio ocasión. Se tumbó a su lado y la tomó en sus brazos, apretándola con fuerza, esperando absorber parte de su dolor, esperando ofrecerle algo de consuelo. Estuvieron en silencio durante largo rato. Clint acariciaba su espalda, dejando que ella ahogara la pena sobre su pecho—. Lo siento, Sherry. Nunca debería haberte involucrado en esto.

—No… no digas eso. Se me pasará —murmuró ella—. La quería, Clint. La quería con todo mi corazón… —Sherry se puso a llorar y sus sollozos le rompían el corazón. Cuando por fin se calmó, se apartó para mirarlo a los ojos—. Pero me alegro de haber estado aquí. No me arrepiento de haber visto sus sonrisas, sus ojitos brillantes, su carita de sueño por la noche… —una farola de la calle iluminaba la habitación y, a la suave luz, Clint vio cómo sus labios se curvaban en una sonrisa que despertaba emociones intensas en su interior—. Me duele haberla perdido, pero sabía que era inevitable. Además, Kathryn me ha dejado un regalo precioso.

—¿Un regalo?

—Me ha devuelto la capacidad de amar, Clint. Creí que la había perdido, pero Kathryn me ha enseñado que puedo amar a un niño aunque no sea mío.

Su cara brillaba con la alegría del descubrimiento y, sin pensar, sin reflexionar, Clint cubrió los labios femeninos con los suyos.

Sherry no tenía defensas contra el calor de los labios del hombre, ni contra el abrumador deseo de permanecer para siempre entre sus brazos. Las sensaciones se solapaban una sobre otra: deseo, necesidad, amor.

Sabía que debía parar, apartarse… pero ¿por qué tenía que hacerlo?, le decía una vocecita en su interior. ¿Por qué no disfrutar por una vez de todo el amor, de todo el deseo que sentía por Clint? Durante cinco años lo había deseado. ¿Por qué no disfrutar de él aquella noche?

Si no podía disfrutar de una vida entera con Clint, al menos tendría el recuerdo de una noche de amor. Un recuerdo para siempre, un recuerdo que calentaría sus noches solitarias.

Sherry se apretó contra el cuerpo de Clint y sintió el deseo del hombre en las tensas, duras líneas de su cuerpo.

Su aroma masculino la envolvía, la colonia mezclándose con su olor natural y un vago olor a jabón. La combinación de fragancias la hacía sentirse mareada, perdida en un mundo que no conocía.

—Sherry… mi dulce Sherry —murmuró él, besándola en el cuello, mientras acariciaba su espalda, su estómago, sus pechos… A pesar del material de la blusa y el sujetador, podía sentir el calor que irradiaban las fuertes manos del hombre.

Un fuego interior amenazaba con consumirla. Y ella deseaba ser consumida.

Quería perderse en su olor, perderse en sus manos y en su boca.

Solo aquella vez, se decía a sí misma. Solo aquella vez, con Clint, con el hombre al que siempre había amado.

Con un rápido movimiento, Clint se quitó la camiseta y la tiró al suelo.

Sherry empezó a explorar su piel, acariciando su estómago plano, los músculos de su torso, enredando los dedos en el oscuro vello.

La habitación había dejado de estar en silencio y se llenaba del sonido de sus respiraciones y sus gemidos de placer.

Sherry deseaba que él la tomara, que la poseyera completamente. Lo amaba tanto que le dolía por dentro, un dolor que sabía llevaría para siempre con ella.

—Sherry —murmuró él cuando sus labios se separaron, tomando su cara entre las manos—. Tenemos que parar.

—No… —protestó ella—. Quiero que me hagas el amor. Por favor, Clint. Por favor, hazme el amor.

Clint cerró los ojos y cuando los abrió de nuevo, las llamas de deseo habían desaparecido.

—No, Sherry. Así no. Así no es como tú lo quieres.

Sherry recordaba todas aquellas noches, años atrás.

Siempre había sido él quien había tenido fuerza de voluntad para parar antes de que fuera demasiado tarde.

Aparentemente, su deseo nunca había sido tan intenso como el de ella, pensaba Sherry. Y parecía que nada había cambiado.

Una abrumadora angustia encogió su corazón. Ni siquiera tendría el recuerdo de una noche con él para sostenerla durante los años que tenía por delante.

Ni siquiera tendría eso.

Se quedó inmóvil en la cama mientras él se daba la vuelta para encender la lámpara de la mesilla.

A la suave luz podía ver el masculino torso desnudo. Despeinado, con los ojos brillantes, Sherry nunca lo había visto tan guapo.

—Sherry, cásate conmigo.

Sherry abrió los ojos de golpe al oír aquello y lo miró, incrédula, con el corazón saltando de alegría y desesperación.

—¿Qué has dicho? —preguntó, casi sin voz.

—Cásate conmigo, Sherry. Comparte tu vida conmigo —repitió él, con los ojos llenos de emoción—. Te quiero. Quiero ser tu primer amante… y el último.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Sherry. Quería decir que sí. Deseaba pasar el resto de su vida con él, hacer el amor con él cada noche. Pero sabía que no podría funcionar.

Se levantó de la cama y buscó dentro de ella la fuerza necesaria para marcharse.

—Creo que los dos estamos confundidos por lo que ha pasado durante estas dos semanas. Ha sido una fantasía preciosa, pero solo una fantasía, Clint.

Después, se dirigió al armario haciendo un esfuerzo para no mirarlo, sabiendo que si lo hacía no podría seguir diciendo que no.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él.

—Hago la maleta para volver a mi casa —contestó Sherry—. Clint, los dos sabemos que solo estaba aquí por Kathryn. Ahora ella se ha ido y es hora de que yo también me vaya. Tengo que volver a hacer mi vida.

—Sherry —dijo él, levantándose de la cama—. No estoy confundido, no estoy viviendo ninguna fantasía. Te quiero. Quiero casarme contigo. Quiero que seas mi mujer. Quiero que vivas conmigo —añadió, sin dejar de mirarla a los ojos. Ella dejó la maleta sobre la cama y volvió al armario para sacar sus cosas—. Maldita sea, Sherry, escúchame —exclamó él, tomándola por los hombros—. ¿Es que no has oído lo que he dicho?

—Te he oído, Clint —murmuró ella, tragándose las lágrimas. No lloraría. No delante de él. Más tarde lo haría, a solas—. Pero es una tontería pensar en casarnos.

Queremos cosas diferentes. Necesitamos cosas diferentes.

Ella alargó el brazo y tocó su cara con dedos trémulos. Sus ojos, aquellos preciosos ojos azules, mostraban una combinación de emociones… amor, rabia, dolor… estaban allí y Sherry podía verlas.

—Clint, tú necesitas una mujer que pueda darte hijos. Yo no puedo tenerlos, pero tampoco voy a resignarme a vivir sin ellos —dijo ella—. Desde que era pequeña,

soñaba con tener un hijo. Incluso prefería quedarme en casa cuidando de los niños de mis vecinos en lugar de salir con mis amigas. Me hice profesora porque los adoraba

—explicó—. He dicho en serio lo de adoptar uno, Clint. Y los dos sabemos lo que tú piensas sobre eso. Al final, acabaríamos odiándonos —murmuró, guardando sus cosas a toda prisa—. Esta semana hemos vivido una fantasía preciosa.

—Deja de decir eso —protestó Clint, con voz ronca—. No era solo una fantasía.

Es lo que quiero hacer el resto de mi vida… estar contigo, compartir los días y las noches contigo…

El corazón de Sherry se partía. ¿Por qué tenían que amarse y, sin embargo, no poder compartir su vida?, se preguntaba, con amargura.

—Por favor… no me lo hagas más difícil. Deja que me vaya.

Por un momento, se miraron a los ojos y después Clint salió de la habitación, cerrando la puerta tras él.

Con un sollozo estrangulado, Sherry se sentó en la cama.

Él la amaba. Lo había visto en sus ojos, lo había sentido en su abrazo, lo había saboreado en sus labios. Él la amaba… y ella tenía que alejarse de aquel amor.

Sherry se levantó y terminó de hacer la maleta. ¿Durante cuánto tiempo su corazón seguiría roto por Clint? ¿Cuánto tiempo tardaría aquel dolor en desaparecer?

De alguna forma, el destino se había cruzado en sus vidas, dejando que se amaran, pero sin darles lo necesario para hacer realidad ese amor.

No era justo. Pero Sherry había aprendido tiempo atrás que la vida no era justa.

No tardó mucho en cerrar la maleta y, cuando terminó, salió de la habitación.

Clint estaba sentado en el sofá, con los hombros caídos y levantó la cara cuando ella entró en el salón.

—¿Te marchas de verdad? —preguntó, con voz ronca.

—Es hora de irme, hora de que los dos sigamos adelante con nuestras vidas —

dijo Sherry—. Te llamaré —añadió. Pero sabía que no lo haría.

—Sí, claro. Ya nos veremos.

Clint no se movió del sofá.

Sherry dudó un momento, deseando decir algo, hacer algo para no marcharse de esa forma tan fría, pero sabía que no había nada que decir, nada que pudiera hacer.

—Adiós, Clint —dijo suavemente antes de abrir la puerta.

Colocó la maleta en el asiento trasero de su coche y después se sentó frente al volante. Pero no arrancó inmediatamente. En lugar de hacerlo, se quedó mirando hacia la casa en la que, durante una semana había conocido la felicidad. Era una casa

del tamaño justo para una familia. Y algún día Clint la llenaría con una esposa y un hijo.

Sherry arrancó el coche y dio marcha atrás. Cuando miró por el retrovisor, la casa había desaparecido, era imposible verla a través de las lágrimas.

Capítulo 9

Los días siguientes fueron una rara mezcla de alegría y desesperación para Sherry. Intentó mantenerse ocupada para ignorar lo vacío que le parecía su apartamento, lo sola que se sentía. El silencio se había vuelto su enemigo y tenía que hacer un esfuerzo para no pensar en Clint.

Durante los primeros días, pasó mucho tiempo redactando su currículum.

Esperaba recuperar su trabajo como profesora en el colegio de Armordale, pero decidió ampliar la demanda a otros colegios de la zona.

Cuando el currículum estuvo terminado y enviado por correo, había sacado las cajas en las que guardaba todos sus libros y material escolar. Mientras miraba las cosas que habían formado parte de su vida como profesora, recordaba cuánto le gustaba aquel trabajo.

Le encantaba trabajar con niños, le encantaba ver cómo sus ojos se encendían cuando entendían algo. Le encantaba compartir sus vidas y ayudarlos.

Afortunadamente, no era demasiado tarde para volver a hacer lo que siempre había querido hacer.

A pesar de su nueva actitud positiva, no encontró ningún alivio para el dolor que sentía por la pérdida de Clint. Él era un poema que nunca sería escrito y no pasaba un día sin que aquel dolor se renovara en su interior.

No lo había visto en diez días y tampoco había hablado con él. Había tomado el teléfono una docena de veces, solo para oír su voz, pero nunca había llamado.

Le dolía haber perdido su amistad con él; le dolía más de lo que quería reconocer.

Pero aquel no era un día para pensar cosas tristes, se decía. Aquel día iba a convertirse en la madrina de Kathryn Elaine Jenkins.

Sherry se miró en el espejo, incapaz de creer que el destino le había permitido seguir formando parte de la vida de aquella niña.

Mandy Jenkins había vuelto a Armordale para decirle a Clint que el hombre que la amenazaba había sido arrestado por la policía. Con él entre rejas, había decidido empezar una nueva vida en Armordale y les había pedido a ella y a Clint que fueran los padrinos de su hija.

Sherry sonrió, pensando que el vestido de color melocotón era una elección perfecta para aquel día. Elegante y suave, la sedosa tela se ajustaba sobre su cuerpo a la perfección.

Estaba segura de que la mitad de la ciudad estaría en la puerta de la iglesia para ver el bautizo de la pequeña Kathryn. En la semana que

Mandy y la pequeña llevaban en Armordale, la ciudad entera les había dado la bienvenida.

Sí, era un día alegre, con una sola nube en el horizonte. Aquel día, durante la ceremonia, Clint y ella se sentarían uno al lado del otro y tendrían que sujetar a la niña entre los dos mientras hacían sus votos como padrinos.

Sherry miró su reloj y se dio cuenta de que era hora de marcharse si quería encontrar aparcamiento.

Ir a la iglesia era otra de las cosas que Sherry había dejado de hacer. Se había sentido enfadada durante tanto tiempo… enfadada con el destino y enfadada con Dios por su infertilidad.

Mientras se sentaba en el banco que le correspondía, miraba a su alrededor, recordando.

Las velas encendidas en el altar, las flores en los bancos, los susurros de la gente que se sentaba y la música del órgano tocando una canción religiosa que recordaba de su infancia… Una sensación de paz la inundó y se sintió suficientemente fuerte como para soportar cualquier cosa. Incluso la presencia de Clint.

Sonrió feliz cuando Mandy se sentó a su lado con una Kathryn vestida con un precioso trajecito blanco. La niña alargó sus bracitos hacia ella y Sherry besó una de sus regordetas mejillas.

—No sé cómo agradecerte que estés aquí —dijo Mandy—. Ahora podré dormir tranquila sabiendo que, si algo me ocurriera, mi hija tendrá dos padrinos que cuidarán de ella.

Sherry apretó la mano de Mandy.

—No va a pasarte nada. Y gracias por compartir el amor de tu hija conmigo —

sonrió Sherry a la joven, que se había convertido en su amiga.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Mandy. Uno de aquellos días, en un momento de debilidad, Sherry había compartido con ella su dolor por no poder tener hijos y por el amor imposible que sentía por Clint—. Espero que esto no sea incómodo para ti.

—No te preocupes. Estoy bien y nada va a estropearme este día.

Las dos levantaron la cara cuando vieron llegar a Clint. Pero la fuerza que Sherry creía poseer desapareció inmediatamente al verlo.

Estaba tan guapo con aquel traje azul…

—Buenos días —saludó a las dos mujeres, antes de sentarse al lado de Sherry—.

Hola pequeñaja.

Kathryn alargó los bracitos hacia su padrino y, mientras él murmuraba algo al oído de la niña y esta le sonreía como si entendiera, Sherry lo devoraba con la mirada.

Aunque guapo como un pecado, parecía cansado, como si no hubiera dormido bien.

Cuando la música del órgano subió de volumen señalando el principio de la ceremonia, todos se pusieron de pie.

Sherry intentaba mantener la calma y concentrarse en el sermón, pero era imposible con Clint a su lado.

Después del servicio religioso, se colocaron junto a la pila bautismal para reconocerse como padrinos de Kathryn Elaine Jenkins y, terminada la ceremonia, todo el mundo salió alegremente de la iglesia.

Como era costumbre, la gente se quedaba en la puerta charlando y, en general, disfrutando del espíritu de comunidad de la pequeña ciudad.

Clint y ella intercambiaron una mirada de sorpresa cuando vieron a Walt y a Betty del brazo.

—Betty, Walt… me alegra ver que habéis dejado a un lado vuestras tendencias homicidas para acudir juntos a la iglesia.

Walt lanzó una carcajada.

—Hemos acordado una tregua. Betty me ha prometido que va a entrenar a mi perro para que no se coma sus flores —dijo el hombre —. Pero me parece que lo que quiere es entrenarme a mí —añadió, guiñándole un ojo.

—No te preocupes, Walt —rio él, dándole un golpecito en la espalda—. He oído que no se le pueden enseñar trucos a un perro viejo.

—Eso es lo que tú crees —intervino Betty—. Vamos, Walt. Has prometido invitarme a comer.

Sherry miró asombrada cómo se alejaban del brazo.

—Juraría que he visto a Walt sonreír.

Sin previo aviso, Clint la tomó del brazo y la apartó un poco de los demás.

—Sherry, tenemos que hablar. Es importante.

—No tenemos nada que hablar, Clint —objetó ella, soltándose.

—Por favor, dame cinco minutos —insistió él, mirándola a los ojos, con una mirada exigente y, a la vez, suplicante—. Sherry, por favor. Tengo algo importante que decirte.

Sherry sabía que debería negarse, que charlar con él, estar a solas con él era una locura. Pero había conseguido intrigarla y, sin pensar, asintió.

Minutos más tarde estaban en el coche, conduciendo hacia las afueras de la ciudad.

—¿Dónde vamos?

—Al lago —contestó él.

El lago, el lugar en el que habían pasado tantas horas felices. Sherry sintió que su corazón se encogía. El lugar donde él la había pedido en matrimonio.

Clint conducía despacio, intentando ordenar sus pensamientos antes de llegar al lago. En unos minutos iba a tener la discusión más dolorosa que había tenido con nadie en su vida.

Iba a explorar el dolor que había guardado en su corazón durante años, iba a volver a entrar en un pasado que era para él angustioso.

Pero esperaba que mereciera la pena. Pagaría con dolor si eso significara que Sherry y él podían tener un futuro juntos.

—Clint, no creo que esto sea buena idea —dijo ella, rompiendo el silencio—.

¿Por qué tenemos que ir al lago? Podríamos haber hablado en la iglesia.

—No, tiene que ser el lago. Ahí es donde empezó todo —dijo él—. Ahí es donde te dije por primera vez que te quería y me parece el mejor sitio para terminar con esto.

Sherry suspiró pesadamente.

—Clint, todo terminó la noche que me fui de tu casa.

—No es verdad. Tengo algo importante que decirte… cosas que tú no sabes.

Cuando la miró de nuevo, su corazón se hinchó de amor. Estaba tan guapa. El vestido de color melocotón destacaba sus ojos verdes. Su pelo corto era una mata de rizos brillantes ligeramente despeinados que le daban un aire muy sexy.

Clint apretó el volante con fuerza. No tenía ni idea de cómo reaccionaría ella cuando le dijera lo que tenía que decirle. A Sherry nunca le había gustado que la engañaran y, durante los últimos cinco años, Clint había vivido una mentira.

Era posible que ella lo escuchara y se diera la vuelta, apartándolo de su vida para siempre. Pero también era posible que cuando él le contara su secreto pudieran construir una vida juntos. Clint deseaba con todo su corazón que fuera así. No quería vivir otro día de su vida sin ella.

Aparcó el coche al sur del lago, en el mismo sitio en el que solían aparcar para besarse.

Clint no sabía cómo empezar. Se volvió para mirarla, amándola con los ojos, esperando, rezando para que ella lo amase también.

—Estos últimos días han sido horribles para mí —empezó a decir —. No me había dado cuenta de que podía sentirme tan… solo.

—Te entiendo. A mí me pasa lo mismo —dijo ella, sin mirarlo—.

Pero solo porque nos hemos acostumbrado a estar juntos y a las risas de Kathryn.

Clint negó con la cabeza.

—Estoy de acuerdo en que la ausencia de Kathryn es muy importante, Sherry, pero es a ti a quien echo de menos. Echo de menos verte por las mañanas, echo de menos tomar café contigo —dijo, tomando su mano—. En los últimos días he echado de menos decirte buenas noches, verte antes de irme a dormir.

—¿Era eso lo que tenías que decirme? —preguntó ella, apartando la mano.

—No —murmuró Clint. Durante un minuto se quedó mirando el lago, como buscando la forma de empezar—. Sherry, mis padres no están muertos.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Cómo? Dijiste que habían muerto en un accidente de coche.

—Mis verdaderos padres murieron en un accidente cuando yo tenía dos años.

El matrimonio que me crió sigue vivo, en Kansas —explicó Clint, observando la reacción de ella.

—¿Eres adoptado?

—Tenía tres años cuando Roben y Mary Graham me adoptaron —contestó él—.

Todo el mundo me decía la suerte que tenía de que me hubiera adoptado una pareja con tanto dinero… Sí, desde luego, menuda suerte que me adoptaran —añadió, con amargura. Los recuerdos de su infancia se agolpaban, recuerdos que había intentado olvidar—.Vamos a dar un paseo —dijo, abriendo la puerta del coche, como si se ahogara.

—Clint… no entiendo. ¿Por qué me mentiste? ¿Por qué no me dijiste que eras adoptado?

—Porque me fui de Kansas para intentar olvidar a esa gente.

—¿Tan malos eran? —susurró ella, abatida por el dolor del hombre.

Clint asintió.

—Durante toda mi infancia me recordaron que yo no era hijo suyo. Decían que no tenían que quererme, que me habían hecho un favor llevándome a su casa.

Siempre me hicieron sentir como un extraño.

—Oh, Clint —murmuró ella, tomando su mano.

Clint cerró los ojos un momento y permitió que el calor de la mano femenina mitigase el dolor del niño que había sido.

—Crecí sabiendo que nada de lo que hiciera, nada de lo que dijera,

podría hacer que me quisieran porque no era hijo suyo. Odiaba ser adoptado Sherry.

—Y por eso no querías adoptar un hijo —murmuró ella—. Tenías miedo de hacerle lo que ellos te hicieron a ti.

Clint sonrió con amargura.

—No solo no quería adoptar niños; ni siquiera quería tenerlos. Son unas criaturas tan frágiles, se les hace daño con tanta facilidad…

Los dos dejaron de caminar en ese momento y Clint se volvió hacia ella, deseando preguntarle algo que había guardado en su corazón durante cinco años.

—Sherry, hay algo que tienes que explicarme.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿Por qué rompiste nuestro compromiso? —preguntó, con un nudo en la garganta—. ¿De verdad yo no era suficiente para ti?

Ella lo miró, comprendiendo.

—No es que tú no fueras suficiente. Es que no lo era yo —dijo ella, poniendo su mano en la cara del hombre. Aquella vez fue Sherry quien empezó a caminar de nuevo, como si estuviera librando una lucha en su interior y necesitara moverse—.

Cuando descubrí que no podría tener hijos, algo murió dentro de mí. Perdí la capacidad de amar. Tú te merecías algo más de lo que yo podía ofrecerte y por eso te dejé ir.

Clint la paró, colocándose frente a ella.

—Me rompiste el corazón, me robaste el sueño de vivir contigo, de quererte durante el resto de mi vida.

Sherry sonrió, una expresión triste.

—Y ahora estamos en el mismo sitio, con los mismos obstáculos entre nosotros

—dijo, mirándolo a los ojos, como si quisiera transmitirle su corazón con esa mirada

—. Pero ahora entiendo por qué nunca has querido considerar la adopción.

—Sherry, esta mañana mientras hacíamos los votos como padrinos de Kathryn ocurrió algo asombroso. La quería cuando pensaba que era mi hija y pensé que ese amor había muerto cuando descubrí que no lo era. Pero esta mañana, cuando miraba su carita, recordaba todos los momentos que había compartido con ella y me di cuenta de que seguía queriéndola.

Los ojos de Sherry se clavaron en los del hombre.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que te quiero y que si quieres adoptar un hijo, yo quiero ser el padre, Sherry… Quiero ser la clase de padre que nunca

tuve. Cásate conmigo, Sherry. Vive conmigo.

Los ojos de Sherry se llenaron de lágrimas.

—¿Lo dices de verdad, Clint?

Él la envolvió en sus brazos, apretándola fuerte contra su pecho.

—Nunca he dicho algo más en serio. ¿Vas a casarte conmigo?

—Sí, claro que sí —murmuró ella, poniéndose de puntillas para besarlo en los labios. Un beso que no era el primero y que tampoco sería el último.

Capítulo 10

—Cariño, estás preciosa —sonrió la madre de Sherry, Nadine, mirando a su hija con el vestido de novia—. No puedo decirte lo feliz que me siento por ti. Espero que este día sea el primero de una vida llena de felicidad, hija.

Sherry apretó la mano de su madre. —Y yo no sé cómo darte las gracias por haber organizado la boda con tanta rapidez.

Habían pasado solo tres semanas desde que Sherry y Clint habían decidido hacer sus sueños realidad al borde del lago.

—Ese hombre tuyo es muy impaciente. Si hubiera sido por él, la boda habría tenido lugar hace dos semanas —rio su madre, colocándole el velo.

Sherry se quedó quieta, aunque su corazón latía acelerado. En unos minutos se convertiría en la esposa de Clint Graham.

Se sentía como si estuviera en el más hermoso de los sueños y nunca, nunca quería despenarse.

El primer día de una vida maravillosa, una vida con Clint. La soledad, la infelicidad de cinco años habían desaparecido el día que había aceptado ser su esposa.

Durante las últimas semanas habían estado haciendo arreglos para la boda y decidiendo qué harían con los muebles de su apartamento. Sherry había llevado las cosas de las que no quería desprenderse a la casa de Clint, creando una mezcla de estilos que era una mezcla de sus vidas.

Había dormido desde entonces en casa de su madre, pero esa noche… Sherry sintió un escalofrío… esa noche era su noche de bodas. La primera vez que haría el amor con el hombre que amaba.

La hermana de Sherry entró entonces en la habitación.

—Estás guapísima, Sherry —sonrió—. Me han dicho que suba a avisaros de que es la hora.

Cuando Sherry, su madre y su hermana salían del refectorio de la iglesia, que había servido como vestuario. Sherry sentía los nervios agarrados al estómago.

Unas horas después estaría a solas con Clint. ¿Y si él se sentía decepcionado?, se preguntaba. Quizá deberían haber hecho el amor antes de la boda, para asegurarse que también en ese aspecto se entendían. Ella no tenía ninguna experiencia.

Sherry se colocó tras su madre y su hermana, observando la iglesia llena de gente. Aparentemente, todo Armordale había acudido a la ceremonia.

¿Y si era frígida?, se preguntaba. Aquel terrible pensamiento encogió su corazón. ¿Y si Clint decidía que había cometido un error

casándose con ella? Se moriría, pensaba.

Del órgano de la iglesia empezaron a salir las familiares notas de la marcha nupcial y, con el corazón a punto de saltar de su pecho, Sherry buscó a Clint con la mirada.

Él estaba frente al altar, alto y guapo con su traje oscuro. Cuando se acercaba, sus ojos se encontraron y vio que los del hombre estaban llenos de amor.

Cuando llegó a su lado, él tomó su mano, sonriendo y Sherry supo en ese momento que todo iba a salir bien.

La ceremonia fue rápida. Se intercambiaron los votos y los anillos y un beso selló su futuro. Después, los invitados salieron de la iglesia para dirigirse al banquete.

El restaurante había sido decorado con flores y la mesa principal tenía una tarta de tres pisos. Una banda de música tocaba en el estrado mientras los camareros iban y venían entre la gente.

—¿Te he dicho que te quiero? —preguntó él cuando encontraron un momento para estar a solas.

—Probablemente, pero dímelo otra vez. Me encanta escucharlo.

Clint la tomó en sus brazos.

—Te quiero —murmuró, acercando sus labios a los de ella, en un beso que contenía todo el deseo y la pasión por la noche que los esperaba.

—Un momento —los interrumpió Andy, el ayudante de Clint—. No vayamos a empezar la luna de miel antes de tiempo. Vamos, todo el mundo está esperando que empecéis el baile.

—Señora Graham, ¿me concede el honor? —sonrió Clint.

—Por supuesto, señor Graham —contestó ella, feliz al oírse llamar por el apellido del hombre que amaba.

Un segundo después, estaba entre sus brazos, moviéndose al ritmo de un *vals* mientras los invitados aplaudían. Otras parejas se unieron a ellos y pronto Sherry y Clint dejaron de ser el centro de atención.

—Estás tan guapa que me dejas sin aliento —dijo él.

Durante la siguiente hora bailaron, comieron tarta e hicieron las cosas tradicionales en un banquete de boda.

Sherry estaba charlando con Mandy cuando Clint apareció por detrás.

—Vámonos —susurró en su oído. Sherry se puso colorada.

—Claro, los novios nunca se quedan hasta el final del banquete —rio Mandy.

Clint tomó a Sherry de la mano y la llevó hacia la puerta.

—¿No deberíamos despedirnos?

—No, deberíamos marcharnos sin que nadie se de cuenta —

murmuró Clint, llevándola hacia su coche. Los dos soltaron una carcajada al ver que Andy estaba atando un enorme lazo blanco a la antena.

—¿Estáis intentando escapar, tortolitos?

—¿Has terminado de adornar mi coche? —rio Clint.

Andy le dio el último toque al lazo, asintiendo.

—Sí, me parece que sí. Oye, Clint, no quiero que te preocupes de nada en tu luna de miel —dijo el hombre, levantando la barbilla, orgulloso—. Puedo encargarme de todo en esta ciudad durante los próximos tres días sin ningún problema.

Clint le dio un golpecito en la espalda.

—No me tomaría tres días libres si no confiara en ti, Andy.

Una sonrisa de orgullo iluminó las facciones de su ayudante.

Clint ayudó a Sherry a sentarse dentro del coche y después de despedirse de Andy, se sentó frente al volante. En ese momento, todos los pensamientos que habían estado preocupando a Sherry volvieron a atormentarla.

—¿Dónde vamos? —preguntó, cuando arrancaron. Él le había dicho que pensaba llevarla a un sitio especial para su noche de bodas, pero no le había dicho dónde.

Clint sonrió, pero, de nuevo, no contestó. En lugar de hacerlo, tomó su mano y miró la alianza que había puesto en su dedo.

—¿Feliz?

—Es como un sueño —sonrió ella.

Cuando llegaron a casa de Clint, Sherry lo miró sorprendida.

—Espero que no quisieras pasar la noche de bodas en algún elegante hotel —

sonrió, tomando su mano de nuevo—. Quería que la primera vez fuera aquí… en mi cama, donde he soñado tantas veces hacerte el amor.

—Te quiero, Clint —susurró ella.

Los ojos del hombre se encendieron.

—Vamos dentro, Sherry. Deja que te muestre cuánto te quiero yo a ti.

Veinte minutos después, Sherry estaba frente al espejo del cuarto de baño luchando contra sus miedos.

Llevaba un camisón de seda blanco, una tela tan fina que apenas podía esconder su desnudez. Y era el momento.

Respirando profundamente para darse valor, Sherry abrió la puerta y se dirigió al dormitorio.

Clint estaba dentro de la cama. Sobre la mesilla, un ramo de rosas rojas y una botella de champán al lado de dos copas de cristal. La

habitación olía a flores y a Clint, una combinación que hacía que le temblaran las rodillas.

—Estás preciosa —murmuró él—. Ven aquí, cariño. Vamos a brindar por nuestro futuro.

Mientras ella se tumbaba a su lado, él sirvió dos copas de champán.

—Champán y rosas rojas… ¿qué más puede pedir una mujer?

—Cariño, esto solo es el principio —replicó él, riendo cuando vio que Sherry se ruborizaba—. Por nosotros. Que nuestro amor dure para siempre.

—Para siempre —repitió ella suavemente, tomando un sorbo del espumoso líquido. Después, con los ojos brillantes, él le quitó la copa y dejó las dos sobre la mesilla.

Sherry se quedó sin aliento cuando él la tomó entre sus brazos. Estaba desnudo bajo las sábanas y podía sentir el calor, la masculinidad de él como nunca antes la había sentido.

Su corazón, su cuerpo, su alma se derretían mientras él tomaba sus labios en un beso lleno de ansia. La voracidad del hombre la abrumaba. Cuando finalmente él le dio un momento para respirar, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Cariño, ¿qué pasa? —preguntó Clint, asustado.

—Tengo miedo —confesó ella—. ¿Y si hago algo mal? ¿Si no te gusta hacer el amor conmigo?

—Cielo, eso no va a pasar. Vamos a hacer el amor y voy a adorar cada segundo

—la calmó él, mirándola a los ojos—. Confía en mí. Sherry. Te prometo que no voy a hacerte daño y te prometo que no voy a dejar de quererte. Nada podría hacer que dejara de amarte.

Sherry vio la verdad brillando en sus ojos azules y el miedo que la había asaltado durante las últimas tres semanas desapareció.

Tímidamente, pasó sus manos por el desnudo torso del hombre y después, por instinto, se inclinó para dejar que sus labios recorrieran el mismo camino. Cuando sintió el escalofrío del hombre, el deseo explotó entre los dos.

Sin dejar de besarla, él apartó las mantas de golpe y lentamente, empezó a quitarle el camisón. Lenta, sensualmente, acariciaba cada centímetro de su piel.

La seducía sabia, lánguidamente, enseñándole cuáles eran las partes más sensibles de su cuerpo, mientras la instruía sobre el suyo. Era un proceso amoroso, cada uno memorizando lo que le gustaba al otro, qué caricias causaban gemidos de placer.

Cuando finalmente la penetró, ella estaba más que preparada y no

hubo dolor, solo placer… un placer más profundo y dulce del que nunca hubiera imaginado.

Después, abrazados, esperaron que su respiración volviera al ritmo normal.

—No puedo creer que hayamos esperado cinco años para estar juntos —dijo ella.

—Yo me alegro de haber esperado —murmuró él, acariciando su espalda.

Sherry lo miró, sorprendida.

—¿De verdad?

—No me alegro de haber esperado cinco largos años, pero sí de haber esperado hasta nuestra noche de bodas. Estoy decidido a ser tu primer y último amante, Sherry.

Ella sonrió, apretándose contra el cuerpo del hombre, sabiendo que nunca se cansaría de estar entre sus brazos.

—¿Se supone que ahora tenemos que irnos a dormir?

—Solo si estás cansada —replicó él, acariciándola seductoramente — ¿Estás cansada?

Ella lanzó un gemido al sentir los dedos del hombre sobre sus pechos.

—No estoy cansada en absoluto.

—Me alegro. Después de esperar cinco años, no estoy dispuesto a que esta noche termine tan pronto —murmuró él, besándola—. Por cierto, recuérdame que le compre a Kathryn el mejor regalo de cumpleaños del mundo.

—¿Por qué piensas en eso ahora?

Él acarició su mejilla con un dedo.

—Porque sin la ayuda de esa preciosa niña, dos locos hubieran podido seguir cinco años más sin darse cuenta de que tenían que estar juntos.

Epílogo

—¿Sherry? —llamó Clint entrando en la casa. En las manos llevaba una tarjeta que dejó sobre la mesa del salón.

—Estoy en la cocina —contestó ella. Clint vio a su mujer metiendo algo en el horno y la abrazó por detrás—. Estate quieto —rio ella, dándose la vuelta—. Llegas muy pronto.

—Supongo que el comisario puede tomarse unas horas libres el día de su aniversario —dijo él, mirando el horno con el ceño fruncido—. ¿No habíamos quedado en que te llevaría a cenar fuera?

—Pensé que una cena íntima sería más apropiado —sonrió Sherry, con los ojos brillantes.

—Ya sé lo que estás pensando, bruja —rio Clint—. Quieres seducirme.

—Exactamente.

Clint buscó sus labios, asombrado de que, después de un año de matrimonio, su deseo, su amor por ella fueran cada día más grandes.

Ella le devolvió el beso con fervor, enredando los brazos alrededor de su cuello.

Después de hacer el amor con Sherry por primera vez. Clint había despertado en ella una sana pasión que compartían cada noche. Y lo llenaba de alegría saber que su pasión era solo para él.

—Bueno, ya está bien —sonrió ella, apartándose—. Tengo que poner la mesa.

Clint la observó mientras sacaba el mejor mantel y lo extendía sobre la mesa de roble, sonriendo con la alegría de un hombre que amaba y era amado.

—No tendrás alumnos esta noche, ¿verdad?

—Sí, claro, tengo media docena de alumnos el día de mi aniversario —rio ella

—. Pues claro que no tengo alumnos, tonto.

Sherry no había conseguido un trabajo como profesora porque todas las plazas estaban ocupadas, pero había conseguido una tutoría particular para alumnos del colegio de Armordale con problemas de aprendizaje.

Clint fue al salón para tomar la tarjeta que había dejado sobre la mesa y volvió a la cocina.

—Esto es para ti.

—¿Una tarjeta de aniversario? —sonrió ella, abriéndola—. Cariño, es preciosa, pero ¿no te has dado cuenta de que es una tarjeta del día de la madre, no de aniversario?

—¿No me digas? —fingió él sorpresa—. Ah, pues es verdad. Entonces tendré que asegurarme de que eres mamá —añadió,

observando cómo los ojos de Sherry se iluminaban, llenos de esperanza—. Nancy ha llamado esta mañana.

—¿Tiene un bebé para nosotros? —la voz de Sherry estaba llena de emoción.

Clint asintió y vio cómo los ojos de su mujer se llenaban de lágrimas.

—Un niño. Tenemos que estar en su oficina en quince minutos.

—¿Quince minutos? —repitió Sherry, pasándose la mano por el pelo—. Pero…

no estoy arreglada. Tengo que cambiarme de ropa y…

—Cariño, el niño tiene cuatro semanas. No le va a importar si estás arreglada o no —rio Clint—. Vamos a buscar a nuestro hijo, Sherry.

Quince minutos después aparcaban el coche frente a la oficina de Nancy Coltron, la encargada del servicio de adopciones con la que se habían puesto en contacto poco después de la boda.

Nancy estaba en la sala de espera y el corazón de Clint se paró cuando vio que no tenía ningún niño con ella.

—Ah, mis dos personas favoritas —sonrió la mujer al verlos—. Por favor, sentaos.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Clint, apretando la mano de su mujer y rezando para que no se llevara un disgusto.

—Todo va perfectamente. Pero hay un par de cosas que tengo que explicar antes de presentaros a vuestro hijo —dijo Nancy. Clint y Sherry se sentaron, pero él no soltó la mano de su mujer—. Nunca he estado más convencida de una adopción que de esta. Los padres son dos adolescentes y el pequeño Scott fue un error.

—Scott —repitió Sherry—. Scott Graham. Suena maravillosamente bien,

¿verdad? —sonrió, mirando a su marido.

Clint asintió, con un nudo en la garganta.

—Sus padres ya han firmado los papeles para darlo en adopción, así que podemos empezar el proceso —sonrió Nancy—. Enhorabuena. Creo que seréis una familia maravillosa —dijo, levantándose—. Enseguida vuelvo.

Nancy entró en la oficina y volvió un minuto después llevando en los brazos un bultito envuelto en una manta azul.

Sherry y Clint se levantaron a la vez, nerviosos.

—Oh, Clint. Es precioso. Mira qué pequeño es —la voz de Sherry temblaba y en sus ojos había lágrimas de emoción.

El niño tenía el pelo oscuro y largas pestañas que caían sobre sus regordetas mejillas y el corazón de Clint se llenó de emoción.

—Tómalo, Clint.

—No, yo… —empezó a decir él. Pero Sherry lo puso en sus brazos. El niño abrió los ojos y, por un momento, pareció observar a Clint, como si estuviera intentando decidir si le gustaba o no.

El niño empezó a bostezar y después cerró los ojitos. Clint le valía como padre, parecía decir. El amor hizo que los ojos del hombre se llenaran de lágrimas.

Scott. Su hijo.

—Tengo un regalo para vosotros —dijo Nancy, sacando un cochecito de niño de la oficina—. Y ahora marchaos. Iros con vuestro hijo. Mañana me pasaré por vuestra casa con todos los papeles.

Clint le devolvió Scott a Sherry, con la vista nublada por las lágrimas. Besó a su mujer y abrió la puerta para salir. Eran una familia.

—Vámonos a casa, Sherry.

Cuando salían, Nancy los llamó.

—Espero que me llaméis cuando estéis preparados para darle a Scott un hermanito.

—Me parece que vamos a pasar nuestro aniversario comprando cosas para Scott —sonrió Sherry.

—No puedo imaginar nada mejor —dijo él. Sherry rio, con una risa nueva, la risa de una mujer completa.

—Gracias., Clint. Todos mis sueños se han hecho realidad gracias a tí.

—Los míos se hicieron realidad el día que te convertiste en mi mujer, Sherry. Y Scott es lo mejor que podía pasarnos —sonrió él, intentando disimular su emoción—.

Pero te advierto una cosa. No pienses en gemelos para nuestro segundo aniversario.

Sherry se acercó para besarlo, un beso que hablaba de amor, de compromiso y de un futuro lleno de felicidad.